La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 26 DE ENERO DE 1891 — NÚM. 474

Con el presente número 474 se reparte el tomo II de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS, que será el tercero de la nueva serie de la Biblioteca Universal. El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Nos helamos. Al silencio que reina en los espacios infinitos, precisa hoy añadir un frío que mata. Cuéntannos cómo, allá en puerto de Vasconia, se ha congelado una botella de líquido éter. Cualquiera creería en la congelación del éter universal. El sol se apaga como en los versículos de nuestro Apocalipsis. La inmensa rotonda de hielos eternos que ciñe al polo avanza, como sigilosísimo alud, á los climas templados. ¡Cuánto amarillea en las riberas de mármoles que abrazan al mar celestial el olivo de Minerva! Nuestros torrentes van á perder las Dafnes coronadas de rojas flores que Apolo besara con amor. Donde antes llovían hojas de azahar, llueven ahora copos de nieve. Las palmas un día resonantes con júbilo, hoy se duelen y se quejan, creyéndose trasplantadas por algún mago desde las orillas del Turia, del Segura, del Guadalquivir, á las orillas del Sena, del Támesis, del Rhin. Hojas secas, arrastradas por el frío cierzo, azotarán el rostro nuestro, como en cualquier estepa moscovita. Enmudecimiento profundo reemplazará el arpa de nuestros pinos quitasoles, el acorde unísono de nuestras abejas y nuestras cigarras músicas, el coro de nuestros ruiseñores enamorados, el himno helénico de las armonías meridionales que dictaron los versos anacreónticos y los idilios sicilianos y los sirventesios provenzales y las serenatas andaluzas. Tendrán las estatuas de mármol pentélico, doradas por luz ateniense, que irse á cualquier oasis de Africa, donde no se hallen expuestas al resquebrajamiento infligido por la helada. El Cefiso cambiará su corona de lentisco y de verbena por los líquenes y los helechos boreales. La nieve de Londres envolverá en sudarios fúnebres al Partenón de Fidias. Y un catarro perdurable y una tos crónica mellarán las voces que nos han encantado cantando ó las notas que nos han encantado componiendo la *Caneréntola* y la *Sonámbula*. Vida el calor; la muerte frío. Así hemos perdido, á tales helores, un desmedido genio romántico en la escena y un mesurado verbo clásico en la tribuna. Nuestra nación, después de haber aquistado el derecho natural para cada uno de sus hijos, iníciase ahora en el gobierno de sí misma con grande lentitud en el camino, pero con suma seguridad en la llegada. Y conoce ya y aprecia cómo contribuyen á su bien propio en zonas diversas desde los industriales que liman un hierro hasta los escritores que liman un pensamiento, desde quien ocupa la tribuna en los Congresos hasta quien ocupa el escenario en los Teatros. ¿Cómo desconocer que la tradición oral nos conserva la gloria de Roscio, de Talma, de Romea, de cuantos han sabido conmover los ánimos y despertar, bien el interés dramático, bien el reir cómico, bien la tristeza trágica? Valero, con pecho de fragua, con voz de trueno, con brazos de Hércules, con ojos de águila, con labios de torrente, con gestos de poseído, con nariz de ídolo, con entrecejo de genio, con mirada de relampagueo, con fuerzas de atleta, pertenece á lo desmedido, á lo gigante, á lo colosal del teatro romántico, tan enorme como aquella revolución fragorosísima, sin la cual nunca



EL DESCANSO EN LA MARCHA, cuadro de D. José Benlliure y Gil

hubiera llegado nuestro siglo, ya casi terminado, á su gloriosa é incontestada grandeza. Necesitábase de todo ese vuelo por las cumbres del arte; necesitábase de toda esa fuerza en el humano combate; necesitábase de todo ese ciclón en las pasiones desencadenadas para hundir tantos ídolos seculares como representaban la superstición, para derribar tantas aras ciclópeas como chorreaban sangre humana de viejos sacrificios, para extinguir las hogueras del antiguo fanatismo y quebrantar las cadenas del esclavo eterno. ¡Ah! Nunca se alcanzaran tales resultados sin aquellos ímpetus de la falange romántica, tan admirablemente representados por el excelso actor que ha nacido y ha muerto con el arte desmesurado que debía representar en las tablas. El forcejeo de Marsilla en las ligaduras que lo atan al siniestro árbol de la dolorosa vía suya; los soliloquios de D. Alvaro, tan parecidos á los soliloquios del titán Prometeo; el horóscopo de D. Pedro tan épico; el asalto de los monasterios por Manrique; los diálogos de D. Juan Tenorio con las tumbas y con las ánimas; las blasfemias del rey Monje dentro de su confesonario; todas aquellas sublevaciones de la idea y de la pasión, todos aquellos remolinos del espíritu nuevo, todo aquel fragor de las revoluciones contemporáneas necesitaron y tuvieron en Valero su inextinguible voz.

II

La elocuencia parlamentaria llora hoy la muerte de un ilustre orador, Alonso Martínez. Pocos personajes habrá que puedan calificarse con un solo vocablo, cual este repúblico: mesura, mesura, siempre mesura. Hijo de Burgos, el habla suya tuvo aquel dejo de terrón castellano, por el cual nos perdemos cuantos cultivamos nuestra difícil sintaxis. Cada castellano viejo trae consigo al nacer una gramática. Imposible á los nacidos en otras regiones poseer la parte gramatical denominada universalmente analogía como la poseen los nacidos en tierras de Castilla. Desde la cuna gozó Gaspar Núñez de Arce privilegio de clásico y puro, atendiendo á las sílabas esparcidas por sus paisanos en el ambiente. Yo sé decir de mí mismo que, oyendo á Gamazo, tan maestro en lengua nacional, se me olvida lo que dice por la manera como lo dice. Así debió hablar Fray Luis de León en Salamanca por el gran siglo de la palabra y de la forma, por el siglo XVI. Alonso Martínez gozaba el privilegio de todos los suyos. Hablaba y escribía con suma propiedad, sin la que es imposible granjearse aquella transparencia de estilo conocida con el nombre de nitidez. Los estudios latinos habían chapado más á la usanza clásica los períodos tersísimos. Un poco de vieja escolástica y un mucho de jurisprudencia secular diéronle cierta natural agudeza de vocero, muy propia para todas las controversias y especialmente para las controversias políticas. Ninguno de nuestros repúblicos veía con su vista certera la parte jurídica y legal de todos los problemas. Yo, en mi larga vida, he discutido con él, siendo mi palabra el verbo de los derechos humanos, la suya el verbo de los derechos escritos. Así, á mis apotegmas francos, á mis dogmas absolutos, á mis fórmulas científicas, oponía él, en serie lógica y con lucidez castellana, otra serie de argumentos, capaces por su agudeza y su corte de hacer desatinar á un muerto. Cierto día entréme yo por su campo. Habían desglosado y desasido por completo del debate sobre la Constitución vigente hoy títulos importantísimos; y propúsome yo, contra mi costumbre antigua y contra mi complexión propia, demostrar por un modo escueto lo absurdo é ilógico de tal resolución en régimen de libertad y democracia como el nuestro. Alonso Martínez no me aguardaba por tal costado, en que se creía él invencible con su dialéctica un tanto casuística, é hizo esfuerzos maravillosos de talento para contrastarme allí donde yo le había sorprendido. A pesar de que así la cátedra como el foro sugieren mucho palabreo inútil y los diputados con los catedráticos propenden á las amplificaciones excesivas, Alonso Martínez brillaba mucho por la sobriedad y por la concisión. Bien es cierto que debe añadirse á lo ya dicho sobre su naturaleza castellana la devoción casi religiosa de suyo á los autores clásicos y á las humanas letras. Uno de sus deudos, apegadísimo al gran latín de los áureos siglos, tradujo en versos castellanos, de bastante frialdad, pero de suma corrección, poetas cuya trascendencia natural á nuestra lengua lo amaestraba en el buen decir, que toda la vida ejercitó el orador eximio con maestría innegable. A un orador no puede sucederle nunca lo que suele á los actores, cuya fama se conserva por tradición oral, y pasa de oído en oído, sin que nadie logre reanimar el intrínseco mérito con evocación de ningún género. Un discurso en la corriente lectura, y lejos del auditorio, aparece tan desanimado como un drama lejos del escenario. Pero siempre quedará mucho del discurso por la corona, de la tercer arenga del gran Cicerón contra Antonio, del sermón de Bossuet en loor á la reina Enriqueta, del trabajo colosal empleado por Mirabeau en la revolución, del apóstrofe á los americanos del elocuentísimo Chatam, de las fulguraciones y centelleos de su tonante pasión en O'Connell, de las ideas dichas con tan extraordinaria felicidad por Donoso, de todos los monumentos colosales, sobre los que resplandecen las irradiaciones del verbo. Y cuantos deseen hoy mismo cerciorarse por sí de la cerrada lógica y de la dialéctica seria, así como de la clara lengua y del sobrio estilo, que constituyen los méritos intrínsecos de la oratoria, en Alonso Martínez personal y propia, no tienen que hacer sino abrir el Diario de Sesiones y por sí mismos enterarse, pues algo permanente y duradero habrán de hallar en lo circunstancial y accidentalísimo de nuestros debates parlamentarios. Hemos, pues, perdido un hombre de verdadero mérito, y no abundan tanto que debamos dejarlo pasar á la eternidad ante nuestros ojos sin arrojar sobre su ataúd la flor de una verdadera siempreviva, que seguramente confirmará la historia.

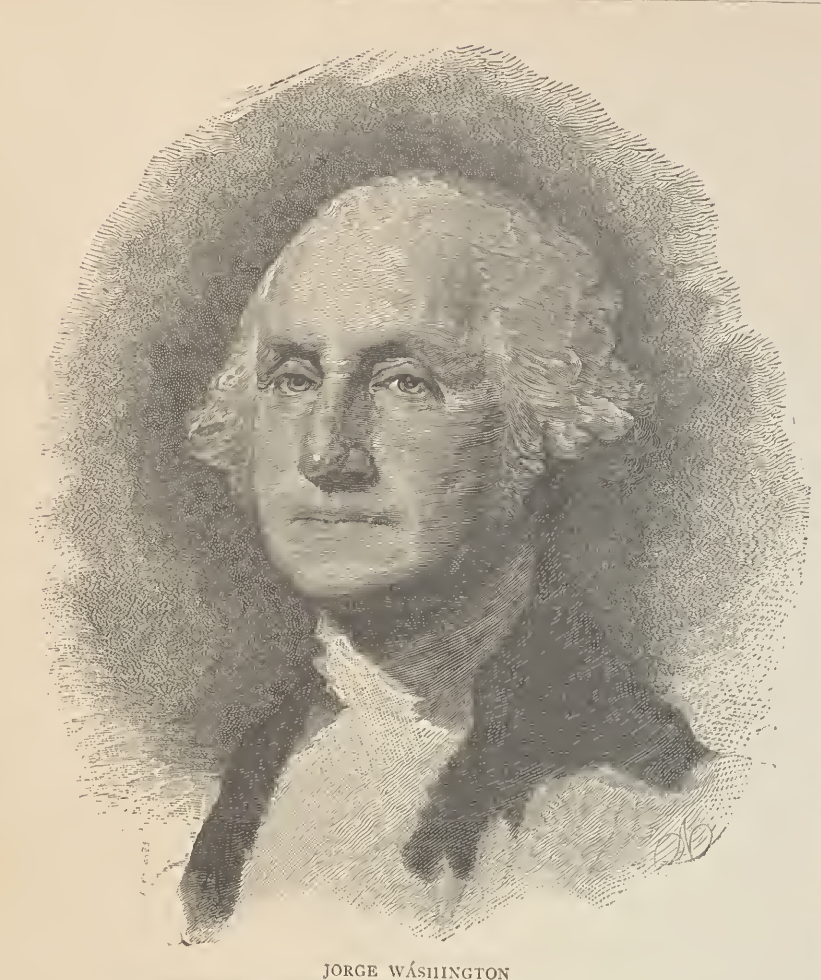
III

Dejemos en paz á los muertos y volvamos á los vivos. Muchos de éstos hoy se nos presentan como verdaderos aparecidos, ó como tristes ánimas en pena vueltas desde las profundidades del purgatorio á la tierra, ó como aquel perro de la germánica leyenda trocado en demonio. Y digo todo esto por los nihilistas rusos, verdadera colección de sombras siniestras, conocidas tan sólo por el rastro humeante de las ruinas que á su paso amontonan. Los misterios, por ejemplo, del palacio de María Teresa en el siglo anterior han pasado desde las historias mayores á los más vulgares coloquios. Aquellas barrenderas invisibles de las regias escalas, que tanto resollaban y sudaban en las altas horas del nocturno sueño, y aquellas damas, aparecidas con el blanco sudario por todo vestido y con la cabellera suelta por todo manto, semejándose á estatuas funerarias, que por doquier ambulasen, todavía hoy nos devuelven á una con sus recuerdos los escalofríos que sentimos en la niñez al relato de sus arribos por este nuestro mundo real. Pues brujos así parecen los nihilistas eslavos. No ahora, en tiempo de mayor vigilancia, los diarios escritos por los conspiradores eternos penetraban en los palacios del czar, como pudieran luz y aire al impulso de fuerzas naturales. Paseaba Nicolás por sus jardines de invierno, y las palmeras, á tanta costa mantenidas en aquellos climas glaciales, llovíanle proclamas revolucionarias sobre la cabeza. Dentro de la servilleta puesta sobre su áureo plato imperial, por los cielos del solio, bajo las almohadas del lecho, entre los pliegues de las sábanas, discurrían los papeles aquellos como si fueran miasmas de fatales epidemias. Nicolás perseguía estas apariciones; pero solían burlarse de su persecución sistemática, cual desdentadas brujas de inútiles exorcismos. El cual se acrecentó en los dos sucesivos reinados. Ni al segundo Alejandro le valió su abierto espíritu, ni al tercero su espíritu cerrado. Daba el primero una comida imperial, y veía saltar en fragmentos, como á una erupción volcánica, el comedor; volvía de paseo á su palacio por las amplias calles, y lo destrozaba, como no se destrozan entre sí las fieras por los bosques, la dinamita de sus vasallos. Respecto del tercer Alejandro no hay sino recordar el descarrilamiento último. Los horrores crecen, cuando se piensa que llegan hasta inmolar, puñal en mano, á ministros en su despacho y á jueces en su tribunal jovencillas, tiernas y hermosas, apenas capaces de manejar las agujas del costurero, y que, por la pasión arrastradas, arremeten y matan como furias. Tales antecedentes inolvidables hay en el curioso drama, que atrae la curiosidad general europea, cuyo protagonista se llama Padlewsky. Con las relaciones existentes hoy entre Francia y Rusia, por la grande arteria de París, en los ventrículos casi del corazón de la capital, un pobre nihilista penetra, como fantasma invisible, por posada donde reside alto jefe de la policía rusa, y lo mata de un tiro, como pudiera extinguir tenue luz de un soplo; yéndose desde allí á los barrios más excéntricos; de los barrios más excéntricos á los puertos europeos más apartados; de los puertos europeos más apartados, bien á una república del nuevo mundo, bien á un convento de la nueva Bulgaria, sin que la policía universal haya dado con su persona, como si este buen nihilista se asemejase ahora, en este siglo prosaico, á los dioses homéricos, revistiendo las formas y apariencias que le placen. Así no debe maravillarnos haya salido por Cataluña ese mismo nihilista en busca de esbirros que lo aprisionen y verdugos que lo cuelguen. Dados brujos así, todo es posible, hasta multiplicar los tipos, estando á un tiempo mismo en Cataluña y en Bulgaria.

IV

Hablemos de otros menos tristes asuntos A la verdad, tras prolongado injustificable olvido, las naciones comienzan á sentir y á comprender cómo viven por sus hijos ilustres, que les ciñen á las sienes inmarcesible corona de gloria con sus almas de luz. Bajo tal pensamiento, por todas partes se celebran los aniversarios honrosos para el género humano, á quien tantos trabajos le cuestan sus medidos progresos, y se alzan los monumentos recordatorios de aquellos seres privilegiados que han lucido en los horizontes del tiempo como las luminarias celestes en los horizontes del espacio. Dante, Rubens, Miguel Angel, Calderón han debido al entusiasmo de las generaciones modernas apoteosis tardas, pero justísimas. Dentro de dos años conmemorarán todas las naciones el centenario de la invención del Nuevo Mundo, como hace ahora dos años conmemoraron el aniversario de la revolución universal. Así, en todas partes rebusca de nombres célebres para fijarlos como vivas esplendentes ideas en la memoria popular por el plausible medio de simulacros y efigies. Florencia, tan rica en grandes ilustraciones, piensa elevar á Savonarola un monumento, como el ofrecido en sus bellas colinas al titán Miguel Angel. Con este motivo se discuten mucho los méritos del ilustre monje, quien removió los espíritus en el Renacimiento con la tempestad fragorosa de su palabra, y fundó con los esfuerzos gigantescos de su idea la República de Cristo. Y hay quien le niega todo título á la inmortalidad. ¡Cuánta injusticia! Pocos hombres, quizás ninguno, aparecen á los ojos nuestros en las largas y monótonas páginas de los humanos anales dirigiendo una sociedad entera y atravesándola por el fuego de una revolución radical, sin más arma que el arma poderosa de su palabra y sin más fuerza que la fuerza moral de su virtud. Y este repúblico excepcional, que regía las muchedumbres, que trazaba las constituciones, que disponía y organizaba los grandes cuerpos del Estado, que sabía buscar en el fondo de las sociedades exhaustas los recursos y los tributos como un economista moderno, luego, como un asceta, como un místico, como un penitente solitario, en el éxtasis, en el arrobo, en la enajenación de sí, veía visiones extrañas, esmaltadas por los celajes infinitos de las divinas ideas. Después de haber dirigido á la multitud elocuentes y sabias arengas, después de haber puesto en tortura todas sus facultades para dar una ley al pueblo, encerrábase como cenobita en lo más recatado de su pobre celda, cogía los libros más profundos de Santo Tomás, con los versículos más sublimes del Apocalipsis, y devorándolos en la voracidad insaciable de su espíritu, al separar la iluminada retina de sus luminosas letras, veía dibujarse, allá en los aires, el coro de los ángeles, el trono de las potestades, el triángulo de la Divina Trinidad, la esencia y la substancia misma eternal, comunicando á todas las criaturas en la inmensidad de los espacios el soplo vivificante de su Criador. ¡Cuántas veces el grande hombre se apartaba por completo del mundo; y sin beber, sin dormir, sin comer, cual si tuviera sobrenatural virtud que lo sostuviese y alimentase, dominándole todas las fatalidades múltiples del organismo, separaba su espíritu del cuerpo, como pueden separarse de los lagos el vapor, de las flores el aroma, de los astros el éter! Y extáticos penetraban sus ojos interiores donde no pueden penetrar nuestros ojos de carne, y veían en luminosos relieves de plásticas formas los misterios del mundo absoluto y eterno. Macerándose á diario sin piedad, hablaba con las ideas sin voz; y tras este coloquio espiritual, ascendía por las gradas de su púlpito, y una vez bajo las blancas alas del Espíritu Santo, lanzaba de sus nervios torrentes eléctricos, de sus ojos radiosísimo calor, de su palabra poderosa elocuencia; conmoviendo á los oyentes hasta el extremo de conseguir enajenarlos y llevárselos consigo por lo visible y por lo invisible al reclamo y requerimiento de su voz. Así los dos polos de la vida se juntaban en él, tanto lo real como lo ideal, tanto lo abstracto como lo positivo, tanto las efusiones de una inspiración continua como los cálculos de una concreta política. Muchos italianos le desaman porque atacó las Bellas Artes en pleno Renacimiento. Mas eso mismo demuestra sus previsiones muy certeras y sus presentimientos muy geniales. El mundo germánico se apercibía entonces á un combate mortal con el mundo latino. Este invocaba la estética, y la moral aquél. Así la categoría del Bien venció á la Hermosura. Y Savonarola quiso despedir esta Helena, cuyos ojos abrasaron y consumieron á su patria. Respetemos los misterios de la conciencia universal. Pero digamos que fueron el genio y el espíritu de Savonarola dos espléndidos luceros de la Historia.

EMILIO CASTELAR


JORGE WÁSHINGTON
Copia de un retrato hecho por Gilbert Stuart y conservado en el Ateneo

SECCIÓN AMERICANA

WÁSHINGTON EN MOUNT-VERNON
DESPUÉS DE LA GUERRA

Terminada la guerra con la Gran Bretaña, y reconocida por la metrópoli la independencia absoluta de los Estados Unidos, Jorge Wáshington presentó al Congreso americano su dimisión de general en jefe del ejército vencedor, y cubierto de gloria se retiró del modo que más apetecía, esto es, igual en representación al más humilde de sus conciudadanos.

Al día siguiente llegó á su modesto y ansiado retiro de Mount-Vernon, del cual había estado ausente nueve años.

Pocos días después decía á algunos de sus buenos amigos:

«La acción marcha por último á su término... La víspera de Navidad traspuso los umbrales de esta casa un hombre nueve años más viejo que cuando salió de ella. Empiezo á sentirme bien y libre de cuidados. Procuro perder la costumbre de meditar al despertarme cada día sobre las atenciones y cuidados del siguiente, y después de pensar en muchas cosas, descubro, no sin sorpresa agradable, que ya no pesa sobre mí ningún espinoso cargo, que ya no tengo nada que ver con la cosa pública. Espero pasar el resto de mis días cultivando la amistad y trato de los hombres honrados y practicando las virtudes domésticas. La vida del labrador es la más grata de todas; es honrosa, alegre y, portándose con prudencia, hasta lucrativa. No sólo he dejado los cargos públicos, sino que me reconcentro en mí mismo. Puedo en la soledad mirar en torno mío, y cruzar los senderos de la vida privada con la conciencia tranquila. No envidiando á nadie, estoy dispuesto á llevarme bien con todos, y en tal disposición bajaré suavemente el río de la existencia hasta que me duerma en el seno de mis padres.»

En estas levantadas frases, que retratan al verdadero y patriótico héroe, modesto y desinteresado, Wáshington no expresaba sólo una impresión momentánea, la alegría del bien ganado reposo después de largos años de cansancio y agitación, de la libertad después de una sujeción pesada. La existencia activa y tranquila del rico propietario, los quehaceres domésticos más productivos y exentos de cuidados, la ninguna responsabilidad en la dirección de su casa y familia, la buena armonía entre el hombre inteligente y la naturaleza fecunda, la hospitalidad hidalga y sencilla, las nobles satisfacciones de la beneficencia sin vanidad ni ostentación prodigada; todo esto era el anhelo constante de su alma.

Siempre grave y siempre activo, dedicóse desde el primer día de su regreso á mejorar el cultivo de su hacienda, á hermosear su casa, sin perjuicio de lo cual se ocupaba en los intereses locales de Virginia, proyectaba la gran navegación interior del Este al Oeste, fundaba escuelas, trazaba planos y mapas, mantenía asidua correspondencia con sus amigos, y se complacía acogiendo en su casa y sentando á su mesa á los más leales.

Su posición de Mount-Vernon, situada en una pequeña eminencia á orillas del Potomac, era deliciosa. Su dueño tenía la costumbre de dar todos los días un paseo á caballo alrededor de ella, y admiraba complacido la escena que á sus ojos se ofrecía. Teníale tanto cariño, que aun en sus más arduas empresas jamás olvidaba aquellos acres de terreno que para él eran un verdadero paraíso. Lo mismo cuando estaba acampado, que en los más temibles trances de la guerra, tenía su pensamiento fijo en Mount-Vernon, y ninguno de los más grandiosos puntos de vista de las soledades del Occidente americano, nada de cuanto tuvo ocasión de presenciar mientras estuvo al frente del ejército, fueron bastante á distraer su imaginación, vuelta constantemente hacia aquella finca, á la que comparaba con una reina sentada en un trono de espeso y mullido césped bañando sus pies en las aguas del hermoso Potomac.

Cada roca, cada árbol le hablaba, cuando volvió de la guerra, de sus pasadas cacerías con antiguos amigos, á los cuales no veía ya á su lado. Estos agradables ejercicios no se habían renovado en el condado con el entusiasmo y animación con que se practicaban antes de la guerra; ejercicios que el mismo Wáshington recordó en la sangrienta batalla de Princeton, cuando al ver al enemigo huyendo en desorden perseguido por sus soldados, espoleó su caballo exclamando: «¡Es toda una caza de zorras!»

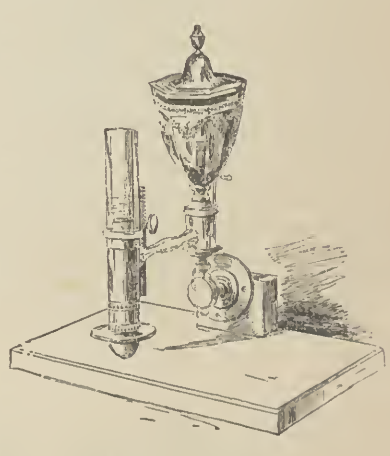
Wáshington era un jinete consumado, y de él dijo Lafayette algún tiempo después de su fallecimiento: «Nuestro querido jefe, montado en un magnífico corcel, recorrió las filas en Montmont entre las aclamaciones de los soldados, y puedo asegurar que jamás vi un jinete tan arrogante.» Jefferson, refiriéndose también á él en una carta dirigida al Dr. Walter Jones, dice que era «el mejor jinete de su edad, y la figura más airosa que pueda verse á caballo.»

En el buen tiempo de las susodichas cacerías tenía Wáshington una hermosa jauría que le había enviado Lafayette á Mont-Vernon en 1785. Compuesta de perros enormes, monstruosos y semisalvajes, la esposa del general no estaba tranquila mientras los tenía cerca de la casa, y después que uno de ellos, llamado Vulcano, fué atrapado en el momento en que robaba un jamón sacándolo del horno, su reinado duró poco.

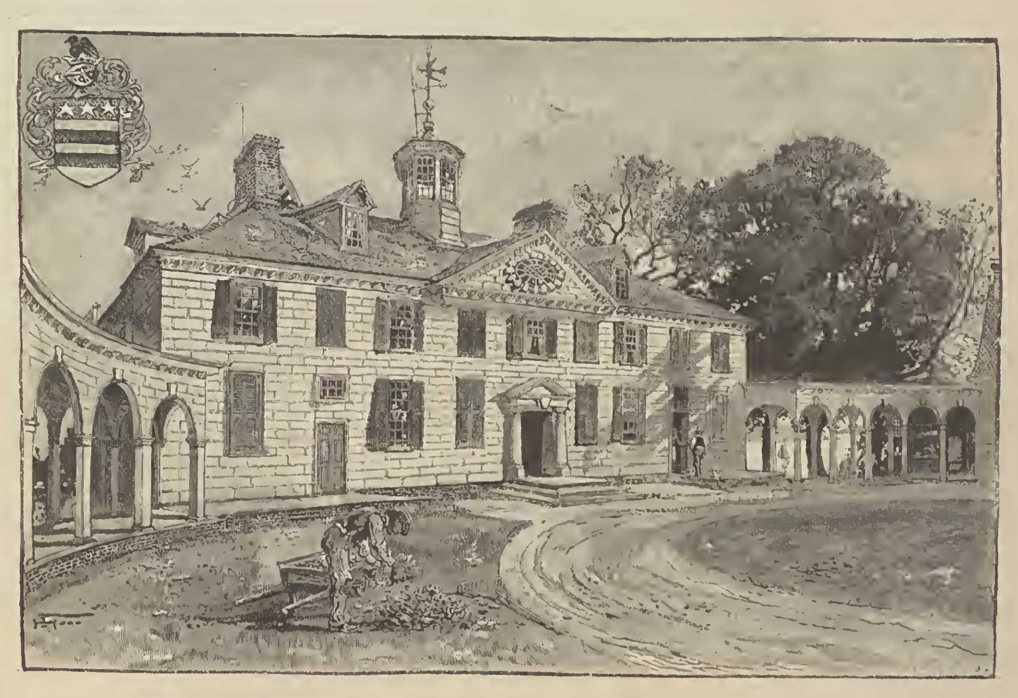
Otra de las causas de que fuera perdiéndose la costumbre de cazar fué el reducido número de buenos jinetes que el tiempo y la guerra habían dejado. Ya no contaba el general con sus bravos compañeros de otra época; ya no contaba con sus leales Jairfax, Bryan y Jorge, y esto le entristecía. Tales circunstancias, unidas á las fatigas pasadas en la prolongada y ardua lucha que acababa de sostener, fueron causa de que en lugar de los violentos y agitados ejercicios corporales de otros tiempos, se consagrara en cuerpo y alma á los tranquilos goces del hogar doméstico y al mejoramiento de su hacienda. Y así como en el ejército fué el primero en dar ejemplo de pericia, prudencia y entendida dirección, así también en sus nuevas y más pacíficas tareas lo dió también de ser un administrador inteligente.

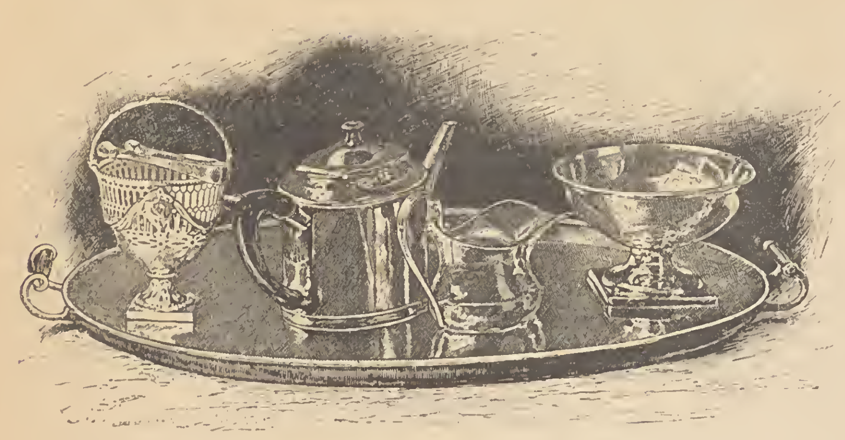
M. Brissot, el viajero y escritor que después figuró tanto en la revolución francesa afiliado al partido de la Gironda, visitó en el otoño de 1788 la residencia de Mount-Vernont y confiesa que le llamó la atención el estado próspero de aquella hacienda, el excelente cultivo de sus tierras y los adelantos agrícolas que había introducido en ellas la solícita vigilancia y el asiduo cuidado de su propietario. Todo estaba reglamentado con tal minuciosidad y orden, que el más exigente no hubiera tenido nada que censurar.

Wáshington no sólo atendía á sus cosechas, sino también á la cría del ganado. En sus establos, modelo de aseo, tenía unas magníficas mulas y asnos, regalo del rey de España, y aún existe una carta del general dando las gracias por este obsequio «al primer ministro de S. M. Católica,» fechada en 1785. El gobernador Morris, conocedor de sus aficiones, le envió también una pareja de cerdos de la China y otros animales exóticos que Jorge recibió con particular agradecimiento y de cuya multiplicación cuidó con esmero.


Lámpara de Wáshington, existente en el Museo Nacional

La gloria alcanzada por sus proezas y por la libertad que en gran manera había contribuído á dar á su patria y la preeminente posición alcanzada no modificaron en nada su sencillez ni su modesto género de vida. Si amplió y renovó su finca de Mount-Vernon y la alhajó con trofeos y recuerdos de su hazañosa campaña; si en su casa se ostentaban regalos de los admiradores del general, como exquisitos mármoles de Italia, porcelanas de la India y otras preciosidades, el género de vida que se obser-


Mount-Vernon, residencia de Wáshington


Juego de te de Martha Custin, esposa de Wáshington

cuales sostenía constante trato, no ya sobre asuntos religiosos, sino más en especial sobre cuestiones agrícolas, en las cuales eran ambos muy competentes. Pero poco á poco fueron acudiendo á aquella morada, atraídos por el renombre de su dueño, personajes de muy distinto carácter, hombres que por sus aficiones y posición se apartaban sobre manera de la la ruda sencillez de los primeros, estadistas y diplomáticos que, si se reían del descuidado porte de los habitantes de Virginia, causaban á su vez la risa de éstos

vaba en el interior de su hogar doméstico apenas varió, siendo las costumbres de Wáshington y de su familia el prototipo de la llaneza y de la sencillez.

Lo propio que su ilustre esposo, Mistress Martha Wáshington atendía á los quehaceres domésticos con la asiduidad de una excelente ama de casa. El tiempo que le dejaban libre lo consagraba á la práctica de sus deberes religiosos con una devoción exenta de gazmoñería. Sumamente aficionada á las flores, cultivaba el jardín de Mount-Vernon como pudiera hacerlo el mejor floricultor flamenco. Como su esposo, tenía perfectamente distribuídas sus horas; madrugaba mucho, organizaba diariamente el trabajo de las criadas, de las cuales una, Flavia, estaba encargada de cortar las telas de algodón para hacer la ropa de la familia y servidumbre, Silvia de coserla y Mirtilla de hilar dicho textil; y cuando lo tenía todo en orden, abría su casa para recibir las visitas de sus vecinos, con los cuales sólo trataba de asuntos domésticos, huyendo de toda murmuración.

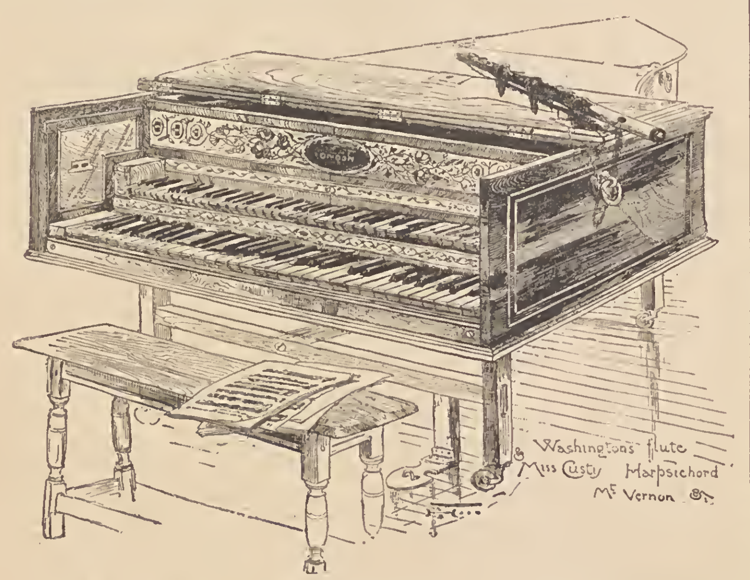
Wáshington tenía en su casa dos sobrinos, Jorge, excelente muchacho, que asistía á la cercana escuela de M. Hanson en Alejandría, y Nelly, de cuya educación cuidaba Mrs. Martha, y por cierto que no era cosa fácil y hacedera, pues la traviesa niña prefería correr y juguetear por la campiña á pasar cinco horas diarias sentada al clavicordio que le había comprado su tío para que aprendiera música, á la que era muy aficionado. Con el tiempo el carácter de Nelly cambió, como era de esperar, dados los ejemplos que en aquella honrada casa recibía y por efecto también de los años, que fueron moderando la vivacidad natural de su niñez, y contrajo enlace con su primo Lorenzo, hijo de Mrs. Fielding Lewis Wáshington, hermana del general, y tan parecida á él en sus condiciones físicas y morales, que se le solía dar también el calificativo de «general.»

En los primeros meses que siguieron al regreso del general á Mount-Vernon frecuentaban su casa principalmente sus vecinos, algunos habitantes de Alejandría, y sobre todo el Rev. Lee Massey de la iglesia de Pohick y el y Rev. Mason Weems, con los

al verlos tan elegantemente vestidos, perfumados y afeminados.

Entre estas visitas fué muy de notar la de una celebrada escritora, Mrs. Catalina Macaulay Graham, la cual cruzó el Atlántico con el único objeto de conocer personalmente á Wáshington y admirar de *visu* su carácter y condiciones.

La pacífica y retirada residencia de Mount-Vernon estaba por esta causa más animada de lo que tal vez desearan sus dueños y sobre todo Wáshington, á quien se privaba del tiempo necesario para dedicarse con sosiego á sus asuntos domésticos y á lo que de él re-



Flauta de Wáshington y piano de su sobrina Nelly Custin en Mount-Vernon

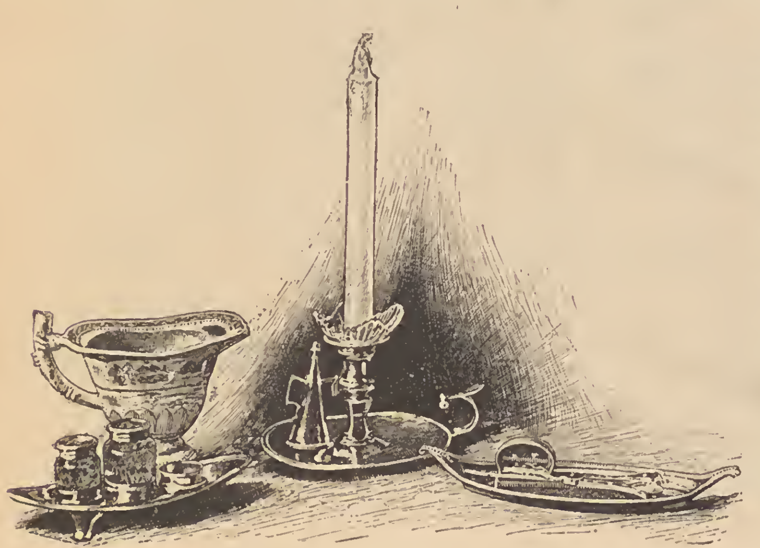
quería aún la patria; pues no por su alejamiento de los negocios dejaba de seguir con interés la marcha de los sucesos políticos, como lo prueba la correspondencia que acerca de ellos sostenía con varios de sus amigos, y en la cual daba consejos ó emitía opiniones que probaban su rectitud y su reflexiva cordura.

No por ello descuidaba otros trabajos, entre ellos los literarios, á los que también se entregaba de vez en cuando, como lo atestigua Dickey Lee.

A las virtudes del héroe americano se unía otra que jamás falta en las almas bien nacidas: la caridad. Si era metódico y económico en sus gastos personales, en cambio jamás cerraba su puerta á ningún pobre del condado, cuyo número no era escaso por cierto. Para ellos estableció en su casa un granero que en verano llenaba de trigo y un bote en una de sus mejores pesquerías. El gobernador Johnson cita un ejemplo de su bondad, diciendo que el panadero del pueblo tenía orden de distribuir diariamente cierta cantidad de pan á determinado número de montañeses pobres de las cercanías, sin revelar el nombre del donante, añadiendo que por una casualidad se averiguó que éste era Wáshington.

La fundación y sostenimiento de una escuela de niños en Alejandría, ordenada en su testamento, fué otro de los rasgos de su munificencia muy agradecido por sus conciudadanos.

No terminaremos este ligero bosquejo de la vida privada de


Tintero, candelero y despabiladeras de Wáshington

Wáshington sin hacer mención de sus criados. El principal de ellos era Bishojo, soldado inglés que servía de ordenanza á Braddock cuando la derrota de Monongahela, y á quien éste, al morir, se lo recomendó al general. Bishojo había encanecido á su servicio, casóse en Mount-Vernon, en donde continuó hasta su muerte, ocurrida á los ochenta y tantos años.

Billy ó Will Lee era un mulato consagrado en cuerpo y alma al servicio de su amo. Con él había hecho toda la campaña, y se batió gloriosamente en Monmouth al frente de un escuadrón de voluntarios, mereciendo por su valerosa conducta los elogios de su general en el mismo campo de batalla. Sobrevivió á su amo muchos años, y aunque éste le dejó una manda en su testamento para que viviera con algún desahogo, no quiso abandonar á Mount-Vernon y allí murió.

Daddy Jack, el pescador, era un negro hijo de un rey africano, como también Davis el cazador, cuya respectiva misión consistía en suministrar caza y pesca para la mesa de su amo. Negro también era Black Cary, á quien Wáshington concedió la libertad en su testamento, y que, según se asegura, murió á la edad de ciento catorce años en la capital de la República.

Estos y otros servidores consideraban á su amo, no como un señor feudal, como á la sazón eran los plantadores de Virginia, sino como un verdadero padre, y á la familia como la suya propia. Las muchas pruebas de adhesión que en vida le dieron no terminaron con la muerte del grande hombre, sino que muchos de ellos continuaron sirviendo lealmente á sus sucesores, pagando así el tributo de gratitud que á su señor debían.

«En el mundo moral, dice Tuckerman refiriéndose á Wáshington, las cualidades ocultas son las más vitales; si el general hubiera sido un hombre frío é impasible, como muchos aseguraban, no habría ejercido seguramente esa influencia personal que ningún hombre ha llegado á obtener. No se respetaba en él al hombre heroico, sólo apreciable por su rectitud y leales intenciones, sino á uno cuya alma era tan noble y sensible como agudo su ingenio y enérgica su voluntad; cuya reserva era una costumbre inspirada por una prudencia sublime; á un hombre, en fin, que escuchando sólo el grito de su conciencia, reconocíase responsable de sus actos ante Dios, ante los hombres, ante su país y su raza, y por esto sin duda más bien parecía su frente coronada con la aureola del profeta que con los laureles de la victoria. El que se arrodilló llorando junto al lecho de muerte de su hijastra, el que se retorcía los brazos desesperado al ver el inútil sacrificio de sus tropas, el que arrojaba su sombrero al suelo en un momento de mal reprimida cólera al presenciar la cobarde retirada de sus soldados, aquel cuyo rostro se cubrió de rubor cuando trató de contestar á un voto de gracias, aquel cuyos labios temblaban al despedirse de sus compañeros de armas, y que abrazaba en fin á un jefe ó á un oficial después de obtenida la victoria, sólo podía haber conservado su serenidad en medio de los peligros, merced al inmenso dominio que tenía sobre sí mismo.

«Después de retirarse Wáshington á la vida privada, su carácter no varió en nada, pues siempre predominaban en él los sentimientos humanitarios, la modestia y el heroísmo. Los que iban á visitarle á Mount-Vernon decían que su carácter tenía tantos puntos de contacto con el del cortesano de Versalles como con el del labrador de Nueva Inglaterra; pero es de notar que todos estaban contestes en reconocerle las mismas excelentes cualidades, haciendo el mismo retrato de su persona.»

M. A.

LA ORNAMENTACIÓN

EN LAS ARTES CLÁSICAS

La voz *clásico* no necesita definirse. Decir *clásico*, tratándose de las Artes ó de la Literatura vale tanto como decir correcto, y en su acepción más restringida, la frase arte clásico quiere decir arte griego. Este prestó elementos al arte etrusco y al romano, y por esto, bajo la denominación de *Artes clásicas* se designa á las de aquellos tres pueblos de la antigüedad, cuya poderosa influencia, especialmente en materias artísticas, se deja sentir todavía. Repasemos brevemente lo que fué el ornato en aquellas artes.

I

ARTE GRIEGO

Está hoy fuera de toda duda que el arte griego no fué autóctono, sino que le prestaron sus elementos



TIPOS DE BAKU, mar Caspio, dibujos de F. Pegram

constitutivos el Egipto y el Oriente por mediación de los fenicios. Por eso dice Owen Jones que el arte griego fué el desenvolvimiento de una idea antigua por una dirección nueva. Esto se explica considerando que en Grecia el arte no estaba restringido ni aprisionado dentro de fórmulas prefijadas por preceptos religiosos, como aconteció en Egipto y en Asiria: el arte en Grecia era libre, y entregado á manos de una raza dotada de las más altas cualidades estéticas de que ha dado muestra la humanidad, produjo obras tan completas y acabadas, que por la pureza de la forma y la perfección técnica dejaron establecidos para siempre unos principios de ornamentación que han servido de elementos constitutivos á todos los estilos posteriores. El ornato griego no tiene el carácter simbólico y casi jeroglífico con que le hemos visto en Egipto; es menos espiritualista, pero sin ser tampoco la copia servil de la naturaleza; es ingenioso, elevado, puro y noble en sus trazos, gracioso y atrevido en la composición y respira siempre un buen gusto y una libertad verdaderamente admirables. El citado Owen Jones parece como que echa de menos el simbolismo en el ornato griego, del cual dice que carece de significación, siendo puramente decorativo y nunca representativo, sin que pueda llamársele adorno de construcción; pues los diferentes miembros de un monumento griego representan simplemente superficies preparadas y aptas para recibir los adornos, que se aplicaron primeramente por medio de la pintura y más tarde del relieve. El ornato no formaba parte de la construcción, como en Egipto. Por otra parte, si se tiene en cuenta que el desenvolvimiento del arte griego se manifiesta principalmente en la Arquitectura y en la Escultura, siendo en ésta donde más brilló el genio helénico, se comprende que la ornamentación griega, que por lo común es pictórica y polícroma, fuese un arte secundario. Los escultores griegos buscaban y reproducían la naturaleza hermoseándola, y el ornato, aunque traiga sus orígenes de la naturaleza, siempre que ésta no esté interpretada de una manera convencional, geométrica y regular, no tiene verdaderas condiciones decorativas. El ornato griego es convencional, sin que por esto resulte antitético con la escultura; porque la ornamentación es un arte que por lo que tiene de geométrico y regular tiene más de la Arquitectura que de la Escultura. Los ornatos griegos hay que buscarlos en dos clases de monumentos: en los arquitectónicos, aunque respecto de éstos apenas pueden apreciarse por otro medio que por las restauraciones de los mismos hechas por los pensionados y por los arqueólogos, y en los vasos pintados, que son la fuente más positiva para conocerlos. En nada difieren los adornos arquitectónicos de los cerámicos á no ser en los colores, que en los primeros son más variados y más vivos. Juzgando los templos griegos desde el punto de vista decorativo, hay que admitir que la escultura viene á ser un elemento ornamental. Lo mismo la composición estatuaria del frontón que los relieves de las *metopas* en los templos dóricos destacaban sobre fondo rojo obscuro, color de que también estaban pintados los muros exteriores de la *cella* para dar valor á la columnata. En el arquitrave y las cornisas predominaba el ocre como fondo y había algunos adornos trazados con rojo, negro y blanco; amarillos eran también los fustes de las columnas, verde el *equino* del capitel, azules los *triglifos* que alternaban en el *friso* con las *metopas*, *amarillas* las *estrías* de los mismos y verdes las *gotas*. Tal era la policromía característica del orden dórico. En cuanto al jónico exigió por su mismo carácter esbelto y gracioso otra ornamentación más delicada, en la que se empleó el oro para las volutas de los capiteles y los florones de los casetones de la cornisa, predominando mucho en los fondos y en los detalles del cimacio los colores azul y rojo. La policromía de los templos griegos, que no ha sido admitida por los arqueólogos hasta tiempos recientes, da por resultado en el conjunto una decoración sencilla, que sólo consiste en la acertada combinación de los colores, puesto que éstos aparecen en tintas uniformes revistiendo cada uno de los miembros de la construcción. Los colores prestan realce á los miembros arquitectónicos y los armonizan. Solamente desde el punto de vista de las armonías puede hablarse de la policromía de los templos griegos, respecto de la decoración, porque los ornatos propiamente dichos, aplicados á la arquitectura, ocupan un lugar secundario, como puede apreciarse, por ejemplo, en el trozo de cimacio, con su gárgola, formado por una cabeza de león en relieve y con adornos pintados de varios colores, procedente de Selinonte, que se conserva en el Gabinete de Antigüedades y Medallas de la Biblioteca Nacional de París. Por lo demás, los restos de frisos ornamentales del interior de los templos griegos dan escasa idea de lo que debió ser la decoración en sus más importantes manifestaciones. Mejor que de los conjuntos puede juzgarse de los detalles, y por ellos se ve que los motivos del ornato mural no varían en nada de los ornatos cerámicos.

La cerámica griega, aún hoy denominada por error etrusca, ofrece, en las numerosísimas colecciones que de ella se conservan, una serie completísima de la ornamentación pintada. Los típicos motivos de ésta son esencialmente dos: la *palmeta* y el *meandro*. La palmeta trae indudablemente su origen de la planta, y en la interpretación convencional que de ésta se hizo en el ornato aparecen los pétalos radiados, y á partir de uno recto que forma el eje los demás se inclinan ó encorvan graciosamente hacia los lados, formando un todo que se puede inscribir dentro de un semicírculo peraltado ó prolongado y que termina no pocas veces en dos volutas á los lados del punto de irradiación. También hay palmetas cuyas hojas no están encorvadas, sino que todas conservan su eje. Son frecuentes las palmetas contrapuestas y también unos capullos con grandes hojas contrapuestos á las palmetas. Sería prolijidad innecesaria enumerar y describir la variedad de combinaciones en que aparecen empleadas las palmetas. La *palmeta* de los vasos corintios y de estilo oriental del período *pre-arcaico* es más redonda que la de los períodos posteriores, época en que aparece más alargada. El *meandro* ó greca es otro motivo predilecto, formado, como es bien sabido, por las vueltas regulares y angulosas de una ó más líneas sobre una superficie longitudinal. La *greca* va formando sucesivamente espacios cuadrados ó rectangulares, si la suponemos formada por una serie de líneas paralelas que forman ángulos iguales y simétricos; aunque lo más general es que los ángulos sean rectos, hay casos excepcionales en que las líneas en vez de perpendiculares están oblicuas, formando por consiguiente con las horizontales ángulos agudos y obtusos, que producen variedad de combinaciones. Con los *meandros* hay que clasificar el motivo griego denominado *ondas*, formado por una serie de volutas que se repiten regularmente y en la misma dirección enlazándose sobre una base común. En cuanto á los colores de estos ornatos, en los vasos de estilo corintio y oriental son rojo, negro y blanco sobre el fondo amarillo del vaso, y en los estilos arcaico y bello son las conocidas combinaciones de negro y rojo.

La ornamentación arquitectónica de relieve, que á diferencia de la ornamentación hasta ahora descrita puede denominarse escultórica, se manifestó en las cornisas de los órdenes jónico y corintio por rosarios de perlas y astrágalos, huevos y otros adornos menudos. En cuanto á las hojas de acanto características del capitel corintio aparecen alternadas y en dos series superpuestas, graciosamente arqueadas, sirviendo de coronación las volutas.

La indumentaria griega era tan sencilla como elegante, sin que en ella se observase la cargazón ostentosa de bordados y joyas usual en el Asia. Las túnicas y los mantos que visten las figuras representadas en los vasos pintados, suelen llevar franjas ornamentadas, cuyos motivos son *meandros*, *ondas*, *palmetas*, picos y fajas lisas; por excepción se ve algún paño salpicado de estrellitas ó de otro motivo semejante. Los tocados y peinados femeniles también ofrecen combinaciones artísticas de muy buen gusto.

II

ARTE ETRUSCO

Los mismos orígenes y primitivas influencias que hemos señalado al arte griego hay que señalar al etrusco.

Por los mismos tiempos en que los helenos ocuparon la Grecia, poblaron la Italia unas gentes, cuyo origen no hace al caso investigar, que bien pronto entablaron relaciones mercantiles con los fenicios, á la sazón dueños del Mediterráneo. A los fenicios debieron las etruscos los elementos que informaron la primera fase de su cultura. Más tarde los griegos, émulos de los fenicios, entablaron también un comercio con los etruscos y llevaron á éstos su influencia. He aquí por qué se distinguen dos períodos en el arte etrusco, uno de carácter oriental y otro de carácter griego.

Los arqueólogos italianos han descubierto en su país curiosos vestigios de civilizaciones anteriores á la etrusca, entre los cuales son de citar los objetos de la civilización llamada de *Villanova*, que presentan todos los caracteres típicos de los productos de las artes rudimentarias. Sólo conviene citar entre ellos las urnas cinerarias de barro negro, adornadas con *meandros* y ziszás, que guardan semejanza con los vasos ornamentados de la América precolombiana. Respecto del período etrusco oriental la escasez de monumentos y objetos no permite apreciar los verdaderos caracteres del ornato, aunque pueden considerarse como semejantes á los del ornato fenicio; es decir, como una amalgama de elementos egipcios y asirios. Las obras de este período son de marcado carácter decorativo por lo que tienen de convencional y en cierto modo de *hierático*.

El período griego, por el contrario, rico en productos industriales ofrece numerosos ejemplos del adorno helénico en Italia. La pintura tiene mucha importancia en las artes etruscas y constante aplicación á la arquitectura. Conviene decir antes de pasar adelante, que á pesar de la influencia griega, que se acentúa en el siglo VIII antes de J. C., la influencia de Oriente no se perdió, bien que en dicha época el mismo arte griego participaba también de ella. En las pinturas que decoran los muros de las cámaras sepulcrales se observa alguna semejanza con las pinturas egipcias, en cuanto á la disposición y modo de ornamentar, al paso que los demás caracteres demuestran el origen helénico. El carácter decorativo de los templos etruscos recuerda el de los templos de la Grecia, y sin embargo presentan detalles típicos dignos de estudio. El templo etrusco se construyó con madera revistiéndola de bajos relieves en barro, generalmente pintados, en los cuales las palmetas, los meandros, los roleos y figuras ornamentales ocupan los frisos y componen las acroteras, las antefixas y otros elementos de la construcción. Como acontece en Grecia, donde hay que buscar los tipos más característicos del ornato etrusco es en la cerámica, industria que tuvo extraordinaria importancia en la Tarquinia y cuyos productos corresponden esencialmente á la plástica. Los sarcófagos de barro cocido, pintados, con figuras yacentes ó recostadas de hombre y de mujer llevan adornos de carácter griego en los lechos, pudiendo servir de tipo en el género el famoso sarcófago procedente de Cere que se conserva en el Louvre. En cuanto á los vasos de búcaro negro, cuya semejanza con los vasos mexicanos y peruanos es patente, están adornados con relieves formando zonas ornamentales sencillas y figuras, cabezas y sencillos accesorios, de bulto entero, que sirven de remate á las tapaderas.

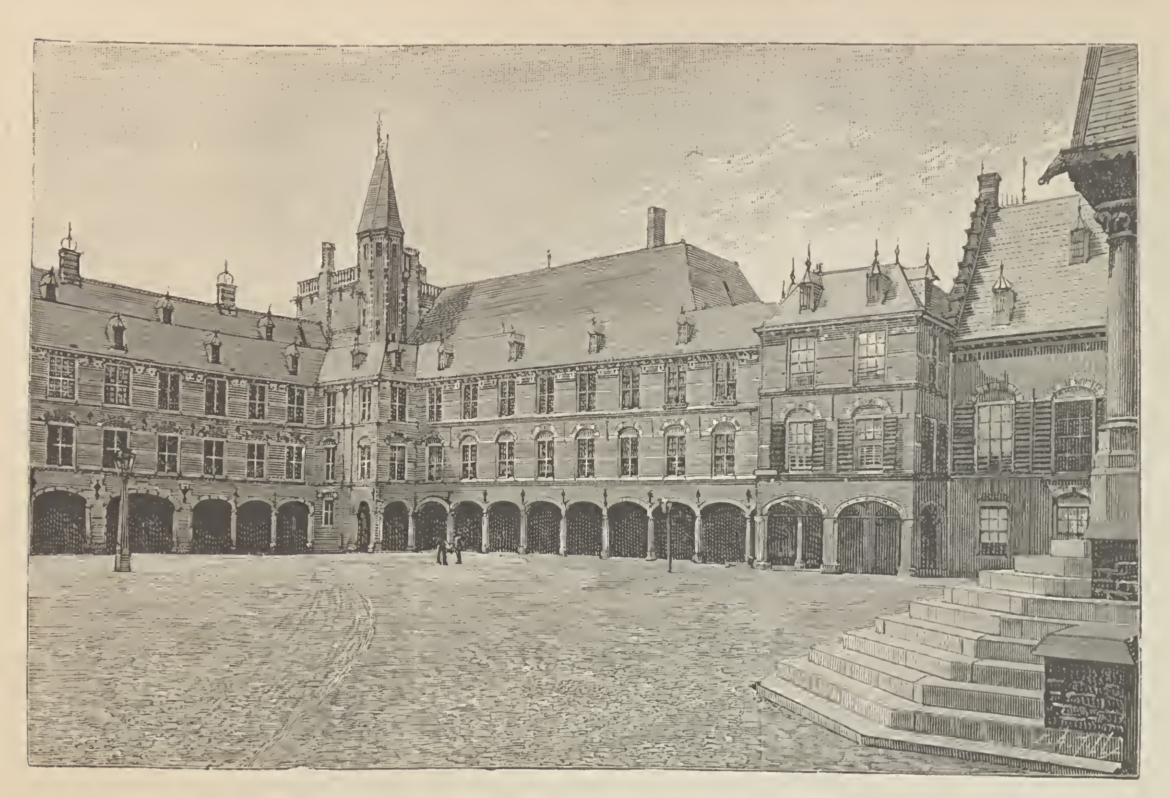
La ornamentación etrusca se manifestó también en los productos de orfebrería y joyería, entre los cuales sobresalen los collares formados por cuentas ó canutillos de piedras finas ó de pasta vítrea que llevan pendientes, á manera de *bullas*, unas cabezas repujadas, cuando son de mujer, con diademas y collares finamente labrados, y otras veces palmetas y conos en cuya base hay una cabecita. Las joyas etruscas presentan una novedad respecto del trabajo antiguo, que es el trabajo de filigrana formando menudas y primorosas labores de volutas y roleos. Además en todas estas joyas las cadenitas, á veces muy artísticas, las perillas á modo de campanillitas, las piedras finas y grabadas, las medallas y los escarabajos semejantes á los egipcios, son otros tantos elementos decorativos que aparecen hábilmente combinados.

III

ARTE GRECO-ROMANO

El arte griego (ya lo hemos indicado) fué borrando insensiblemente en Italia las tradiciones orientales, hasta formar un arte que puede considerarse como una nueva fórmula del griego. Los gérmenes de éste, sembrados en otro suelo y en otro medio, perdieron su elevación y su pureza, y sus frutos constituyeron un arte exuberante y pomposo, que parecía querer ganar en apariencia y en gracia lo que perdía en solidez y en severidad.

Los romanos, al heredar de los etruscos las tradiciones artísticas griegas, aun las depuraron de todo orientalismo é hicieron un arte que unas veces copiaba servilmente á la Grecia y otras muchas trataba de imitarla con escasa inspiración; y no se olvide que muchas veces fueron artistas griegos los autores de muchas obras descubiertas en Italia. De aquí la necesidad de denominar greco-romano al período del arte de Italia á que nos referimos, y que alguien llama pompeyano. El estilo de la ornamentación pompeyana es sumamente caprichoso, ora severo, ora banal; por esto Owen Jones, en su afán de sujetar á leyes el proceso de la ornamentación, declara que es imposible someter el *arte pompeyano* á una crítica estrecha, y hasta dice que traspasa los límites de un verdadero arte, aunque reconoce que no es un estilo vulgar. El arte pompeyano, como producto que es de artistas que inventaban dibujando, lo cual quiere decir que eran decoradores y lo hacían todo de memoria y á capricho, es un arte simpático, que cautiva los sentidos, de ejecución ligera, de aspecto fantástico y en el cual predomina una libertad extra-



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. – Patio del Binnenhof, en La Haya, en donde celebran sus sesiones los Estados generales de los Países Bajos

ordinaria. Todo lo dicho se refiere á las pinturas murales de las casas de Pompeya y de Herculano. Las composiciones á manera de cuadros tienen un carácter esencialmente pictórico que las pone fuera de los límites del presente escrito; pero las composiciones puramente decorativas y ornamentales, en las que hay figuras y variados adornos, son dignas de mención y de examen detenido.

Es frecuente que para decorar un muro ó recuadro simulara el artista una arquitectura convencional puramente decorativa. La invención de estas composiciones se atribuía tradicionalmente al pintor *Lidius*, del tiempo de Augusto. En ellas se mezclaban á veces escenas marítimas, paisajes ó figuras diversas. Esta arquitectura tiene generalmente por fundamento los pórticos griegos y las columnas á modo de soportes de candelabro que parecen balaustres y llevan adornos diversos y caprichosos entrelazados ó adicionados, presentando toda la construcción un aspecto aéreo y ligero. Del mismo modo que las columnas están fantaseados los entablamentos, frontones, áticos y frisos; y á todo esto cada moldura simulada, cada hueco, cada recuadro da motivo para repetir menudos y graciosos adornos y para las más vivas policromías. La perspectiva, aunque algo convencional, está bien trazada y dispuesta; el recuadro central de cada pórtico suele ir adornado con una figura pintada sobre fondo obscuro ó negro; no hay proyecciones y sólo ligeras indicaciones de los contrastes de luz, resultando todo el efecto de la oposición de tonos diversos y de la combinación de colores vivos y enteros, á veces un poco abigarrada.

Los ornatos propiamente dichos que aparecen en los frisos y fajas que recuadran los muros y separan los compartimientos en las pinturas murales, en los mosaicos parietales y de piso y en los techos, son tan variados como graciosos Unas veces consisten en el *meandro* griego tratado con severidad y pureza, otras en la *palmeta* repetida y en algún otro adorno de origen helénico como las *ondas*. Pero el adorno puramente *pompeyano* consiste en roleos formados por tallos vegetales y hojarascas complicadas, partiendo unos roleos de otros, como sucede en los ornatos corintios. Estos roleos suelen entrelazarse con una figura de animal, perro, toro, ó quimera, como el caballo marino, el delfín, etc., ó bien alguna flor ó fruto, y están pintados á claro-obscuro y de colores naturales ó fantaseados, sobre un fondo liso, negro ó rojo. Este motivo se empleaba para frisos, y alguna vez para fajas verticales. Otro motivo muy característico del ornato pompeyano es el candelabro, también sobre fondo liso y compuesto de un balaustre con diversas arandelas, y á un lado y otro volutas y roleos dorados, figuritas de bichos ó grifos y figuras humanas. También en Pompeya aparece como simple adorno la figura humana de medio cuerpo, que se resuelve en graciosas hojarascas, cuyos extremos forman roleos y se unen á otros adornos. Todos estos motivos pompeyanos son los que después, en la época del Renacimiento, imitó el inmortal Rafael en *Las Logias* del Vaticano. Los colores empleados para estas obras de decorado interior eran sobre fondo negro, el verde, rojo y azul como principales, y el rojo y amarillo como secundarios; sobre fondo azul el blanco para las líneas finas y el amarillo para las masas; sobre fondo rojo, el verde, blanco y azul. En las ornamentaciones arquitectónicas la cornisa suele ser negra, las pilastras y frisos rojos, y los recuadros del fondo ocre, azul ó blanco. La gran novedad que ofrecen estos adornos es la de estar modelados, en vez de aparecer trazados con una tinta igual sobre el fondo, como hemos visto en Egipto, en Oriente y en Grecia.

El afán de modelar el adorno les llevó á reproducir en los mosaicos el meandro como una cinta puesta de canto, produciendo las proyecciones consiguientes.

En los mosaicos es ornato muy común la *trenza*, aparte de otros ornatos caprichosos y menudos. Alguna vez decoraron los romanos agrupando de un modo artístico, aunque sin sujeción á exigencias geométricas, productos naturales. En Pompeya abundan estos motivos en sobrepuertas y recuadros de frisos, siendo frecuentes entre ellos las guirnaldas de frutos y flores, como la que figura en el célebre mosaico de la casa del edil Pansa, que á cada costado lleva una careta trágica.

IV

ARTE ROMANO

Aparte de la ornamentación de carácter griego ó pompeyano, emplearon los romanos en su arquitectura un sistema ornamental que, aunque derivado de Grecia, presenta en su disposición y en su aplicación caracteres que dan á las construcciones romanas una fisonomía diferente de la que ofrecen los monumentos griegos. Así como éstos, es decir, los templos, obedecían á un sistema de ornamentación polícroma, los monumentos romanos obedecían á una ornamentación escultórica. Pero los romanos, gente de menos gusto artístico que los griegos, al perder las proporciones generales de la estructura arquitectónica, perdieron también aquella pureza y sencillez de contornos de las molduras, por la exuberancia de ornatos modelados de que las recargaron. Esto marca un nuevo camino en el modo de ornamentar, que es menester tener muy en cuenta, pues á partir de la época romana la ornamentación en todos los estilos se manifestó en la arquitectura como cosa aparte, y aplicada como independiente del efecto general del conjunto de la construcción.

Bien es verdad que la ornamentación en las construcciones de casi todas las épocas es un detalle, hecho como para satisfacer á la persona que después de haber examinado la obra arquitectónica en conjunto se aproxima á verla de cerca; en este sentido puede decirse que la arquitectura, considerada en sus grandes masas, y el ornato, son antitéticos.

El ornato por que mostraron preferencia los romanos fué la hoja de acanto, con la cual decoraban los *modillones* de las cornisas y los capiteles corintios. En éstos, especialmente, las hojas aparecen en series superpuestas. También acomodaron dicho ornato á los roleos, en solución de continuidad, que decoran los frisos y hojas de encuadramiento, poniendo en el centro de estos roleos un florón.

Suele formar parte de estas composiciones decorativas la figura humana, de cuerpo entero ó de medio cuerpo, llevando en vez de extremidades inferiores una serie de hojas, de las cuales parten roleos y hojarascas. Toda esta ornamentación vegetal y naturalista es robusta, accidentada de forma, y produce bastante claro-obscuro, que es como los romanos acostumbraban á producir efecto plástico. Hay en este modo de ornamentar, por lo mismo que la imitación de la naturaleza es menos convencional, más libertad que en los estilos anteriores, pues el hieratismo geométrico – valga la frase – de Egipto y del Oriente aparece ahora sustituído por la tendencia contraria de representar la naturaleza con todos sus caracteres, pero embellecida, ó mejor dicho, en toda su belleza.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

VII

PAÍSES BAJOS

Por la muerte de Guillermo III se ha vuelto á fijar la tención en los Países Bajos. Habíase discutido largo tiempo, é inúltimente, sobre las consecuencias que podría tener la extinción de la descendencia masculina de Guillermo el Taciturno; y los holandeses, hombres de sentido muy práctico, habían adoptado ya de antemano sus precauciones, permitiendo todo creer que la menor edad de la reina niña Guillermina terminará sin ningún incidente. Los Países Bajos aman su libertad, y sabrán impedir seguramente toda intervención extranjera en sus asuntos. No les importa menos su unidad, que data de la conquista francesa y de la proclamación de la República bátava (16 mayo 1795).

Después de dos ó tres ensayos desgraciados, la primera Constitución, redactada según el modelo de la francesa del año III, fué adoptada en virtud del voto popular en 23 de abril de 1798. Esta Constitución establecía un directorio, compuesto de cinco personas, y dos Consejos, uno de sesenta individuos y el otro de treinta, y la República se dividía en ocho departamentos. El 18 brumario y la Constitución del año VIII tuvieron por consecuencia en los Países Bajos que se adoptara una nueva Constitución en 16 de octubre de 1801; y proclamado el imperio francés, se votó una tercera (15 marzo 1805). A consecuencia del tratado de 24 de mayo de 1806, el rey Luis otorgó en 7 de agosto del mismo año una nueva Constitución; y después de la pasajera anexión de Holanda al imperio francés (1810-1813), el regreso del príncipe Guillermo Federico, como príncipe soberano, dió origen á otra (28 marzo de 1814). El 2 de mayo siguiente se abrieron los Estados generales.

El tratado de París del 30 de mayo de 1814 anexionó la Bélgica á la Holanda para formar el reino de los Países Bajos, y el 16 de marzo de 1815 el príncipe Guillermo Federico tomó el título de rey. Entoncés fué necesario introducir modificaciones en la Constitución de 1814, y el 24 de agosto de 1815 se promulgó otra nueva.

Después de la separación de Belgica, nueva Constitución (4 septiembre 1840), que se modificó ampliamente por las leyes de 1848. Por esta última se rige actualmente el pueblo holandés, y de ella vamos á ocuparnos en el presente estudio sobre el parlamento de Holanda.

La forma de gobierno es una monarquía con Estados generales *(Staten-generaal)*, compuestos de dos cámaras, una elegida por los Estados ó Consejos provinciales y otra directamente por los electores contribuyentes. El soberano tiene el derecho de *veto* absoluto.

La primera cámara se compone de cincuenta individuos, elegidos por nueve años, que se relevan en una tercera parte cada tres. Perciben una indemnización de 75 céntimos (1,50 pesetas) por hora de distancia, cuando no tienen su domicilio en La Haya, y 8 florines (16'75 pesetas) por día para gastos de residencia, mientras se celebran las sesiones.

El soberano nombra cada año un presidente de entre los individuos de la cámara, y ésta se distribuye por suertes en cuatro secciones, las cuales nombran á su vez presidente, vicepresidente y secretario; una sección central, compuesta del presidente de la



NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, CUADRO DE DON MANUEL DOMÍNGUEZ

EXISTENTE EN LA CAPILLA DE CARLOS III DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE, DE MADRID. — GRABADO DE BAUDE

cámara y del secretario, debe señalar la orden del día.

La segunda cámara se compone de cien individuos, nombrados por cuatro años, y que se renuevan por mitad cada dos; reciben una indemnización anual de 2 000 florines (4,233 pesetas)

El rey nombra presidente, según una lista de tres candidatos presentados por la segunda cámara, y este presidente, ayudado de una comisión de dos individuos, ejerce la vigilancia. El secretario, elegido fuera de la cámara, es nombrado por ella, y tiene á su cargo la dirección de la biblioteca y de los servi- administrativos.

Cada dos meses, la segunda cámara se distribuye por suertes en cinco secciones, que nombran su presidente, vicepresidente y secretario. Estos cinco presidentes, el de la cámara y el secretario constituyen una sección central que formula la orden del día. Los proyectos de ley se examinan primero en las secciones y después por una comisión de cinco individuos, elegidos en las secciones del presidente de la Cámara y del secretario.

La segunda cámara tiene derecho de investigación en todos los asuntos, y comparte el de iniciativa con el soberano, pudiendo enmendar los proyectos presentados por el Gobierno. Los de ley relativos al presupuesto se deben presentar todos los años á la segunda cámara inmediatamente después de inaugurarse las sesiones ordinarias y antes de comenzar el año á que el presupuesto se refiere. La segunda cámara presenta al soberano los candidatos para el Tribunal de Cuentas, y por último, tiene el derecho exclusivo de encausar á los ministros, citándolos ante el Tribunal supremo.

La primera cámara no tiene la iniciativa de las leyes, y solamente delibera sobre los proyectos votados ya por la segunda, no pudiendo hacer más que aprobarlos ó rechazarlos en su totalidad: en caso de ser adoptados, los proyectos se someten al soberano, cuya sanción es necesaria.

Como atribución especial, tiene derecho á presentar una lista de cinco candidatos, cuando hay una plaza vacante en el Tribunal supremo, y el soberano debe nombrar uno de los presentados.

Los Estados generales se reunen por lo menos una vez al año. La legislatura ordinaria se abre el tercer lunes del mes de septiembre, y dura por lo menos veinte días; por lo regular no está cerrada más que la víspera de la apertura; de modo que se prolonga durante un año, poco más ó menos; pero en este intervalo las cámaras tienen vacaciones con frecuencia.

El soberano puede disolver simultánea ó separadamente las dos cámaras; en este caso, las Cortes se cierran; y las nuevas se han de reunir en el término de dos meses. El soberano tiene facultad para convocar las extraordinarias si fuese necesario.

Las dos cámaras se juntan en una sola asamblea para el acto de la apertura y cuando se trata de la deliberación de algunos asuntos graves. Las sesiones de aquéllas, reunidas ó no, son públicas, pero pueden ser secretas á petición del presidente ó de una décima parte de los diputados que asisten.

Son electores á la segunda cámara los holandeses de 23 años de edad que estén en el pleno goce de sus derechos civiles y políticos y satisfagan por contribuciones directas una cuota que varía, según las localidades, de 20 á 160 florines (42 á 338 pesetas). El censo electoral se redacta por el burgomaestre y los concejales; los recursos se forman ante el Consejo comunal, con apelación ante el Tribunal supremo.

Son elegibles para la segunda cámara los electores de 30 años de edad.

Las elecciones para la primera cámara se hacen por los Estados (Consejos provinciales).

Son elegibles para la primera cámara los holandeses electores de 30 años de edad ó más, á razón de uno por cada tres mil habitantes. Al efecto se forma un censo en cada provincia.

Las condiciones para el electorado á los Consejos provinciales son las mismas que para la segunda cámara de los Estados generales, y además es necesario tener su residencia en la provincia.

Es elegible como consejero provincial todo holandés que haya habitado en la provincia durante un año, que esté en posesión de sus derechos de elector y haya cumplido veinticinco años.

Gracias al aumento del número de electores en estos últimos años, la mayoría de la segunda cámara ha sufrido una alteración. Liberal durante treinta años, ahora es clerical, y se compone de una coalición de católicos y protestantes ortodoxos ó antirrevolucionarios, que no cuenta menos de cincuenta y cinco individuos. Los conservadores propiamente dichos no existen ya; el último murió el año pasado. Los liberales que constituyen la minoría están naturalmente divididos entre sí.

La gran cuestión por la cual se han hecho las últimas elecciones fué la de las *escuelas*: tratábase de la lucha entre la escuela libre ó religiosa y la escuela neutral ó del Estado. Esta cuestión se ha resuelto por un convenio, otorgando una ley *que conserva la escuela privada junto á la escuela pública*, mediante una subvención del Gobierno. La segunda cámara es la que ha votado esta ley, gracias al apoyo que diez y siete liberales moderados prestaron á la mayoría antiliberal. La primera cámara la ratificó y el difunto rey la sancionó.

Otras dos cuestiones graves se someterán muy pronto á la segunda cámara; la defensa del país y la cuestión social. Con motivo de esta última, M. Domela Nieuwenhuis, ex pastor protestante y en la actualidad jefe de los socialistas, dará probablemente mucho que hablar.

Hasta ahora, M. Domela se ha visto bastante aislado, y el mismo M. Heldt, representante de los obreros, le vuelve la espalda.

El periodismo, que en muchos países, sobre todo en Francia, puede ser un medio de encumbrarse, cierra por el contrario en Holanda muchas puertas á los que á él se dedican. En las elecciones legislativas no se encuentra jamás la candidatura de un periodista de ningún partido, lo cual puede explicarse por el carácter mismo del pueblo holandés. Los holandeses se distinguen por lo reservados; todo cuanto hacen lo ejecutan en su casa á puerta cerrada, con las cortinas corridas, y aborrecen la publicidad. Por eso no pueden querer al periodista, cuyo oficio es sacarlo todo á luz. Además de esto, rara vez se ocupan de política los holandeses, y cuéntanse miles de hombres que ni siquiera saben cómo se llaman sus ministros. Una prueba de la indiferencia política de ese pueblo es el hecho de que las tribunas públicas de la camara están casi siempre desiertas.

* * *

Los dos palacios en que las dos cámaras se reunen hállanse situados en el antiguo Binnenhof, barrio de los *Stadthanders*, y un espacio bastante ancho separa los dos edificios. Exteriormente, la segunda cámara no presenta nada de particular, y hasta el aspecto es por demás insignificante.

El aspecto de la primera cámara es más austero.

El salón de sesiones de la segunda cámara presenta una disposición muy sencilla; alrededor corren galerías para las señoras de los diputados, la prensa y el público; y frente al trono, bajo un dosel de terciopelo rojo, se ve el asiento del presidente, á cuyo lado se colocan los secretarios. Varios bancos, escalonados en anfiteatro, se destinan á los representantes del país; no hay tribuna, y cada orador toma la palabra desde su asiento.

El salón de sesiones de la primera cámara ofrece más interés desde el punto de vista artístico, pues tiene hermosas esculturas y cuadros notables.

X

NUESTROS GRABADOS

El descanso en la marcha, cuadro de D. José Benlliure y Gil. – Pocos artistas habrá en España y aun en el extranjero con quienes la fortuna se haya mostrado tan propicia como con el autor del cuadro que reproducimos; pero bueno es consignar que toda la suerte que ha tenido, bien la ha merecido nuestro joven é ilustre compatriota. A los doce años de edad obtenía un premio en la Exposición pública de Valencia y era nombrado socio de mérito de la Protectora de Bellas Artes de Sevilla. Cuatro años más tarde *El descanso en la marcha* obtenía un tercer premio en la Exposición Nacional de Madrid, y era adquirido por el Gobierno. A poco conseguía la protección de Don Amadeo I y encontraba un norte-americano, entusiasta por las Bellas Artes, que le encargaba cuadros por valor de treinta mil duros Benlliure marchó á Roma y correspondió con creces á la confianza que en su genio había depositado su Mecenas.

Hoy la de Benlliure es una de las firmas más codiciadas entre los inteligentes y aficionados á la pintura: dotado de una vasta y sólida educación artística y de condiciones que la naturaleza le concedió y él supo acrecentar con el nunca interrumpido estudio, puede sin miedo atreverse, y téngase en cuenta que aún no ha cumplido treinta y dos años, con los más opuestos géneros y las más grandiosas concepciones, algunas de las cuales han podido admirar los suscriptores de la Ilustración Artística.

Tipos de Baku, en el mar Caspio, dibujos de Federico Pegram. – El notable desarrollo que ha adquirido el comercio de petróleo y el provecho que á Rusia proporciona la abundancia con que este líquido existe en Baku han atraído, desde hace algunos años, la atención pública sobre la ciudad y el territorio de su nombre. La ciudad de Baku, está emplazada en la península de Apcherón, en la costa occidental del mar Caspio, y está enlazada por vías férreas con Tiflis, capital de la provincia rusa de Georgia, y con Poti y Batum, importantes puertos rusos del mar Negro. Es plaza fuerte de primera clase, y en ella hay establecidas cinco ó seis compañías de vapores y otras de buques de vela, que generalmente hacen el servicio entre Baku y el puerto de Oozodoon Ada, en donde se hace cargo de sus mercancías el ferrocarril transcaspiano, que recientemente ha sido prolongado desde Meru á Bokhara y Samarconcanda, distante unas 900 millas de la costa oriental del Caspio.

La población de Baku es una mezcla de distintos elementos, entre los que predominan los circasianos, rusos, armenios y turcomanos, que se ganan la vida trabajando en las obras y en los muelles y ejerciendo distintas industrias en las calles de la ciudad

Nuestro grabado reproduce algunos tipos de esa población y los dibujos de Pegram están tomados de apuntes del natural sacados por Mr. G. B. Froom.

Nuestra Señora del Carmen, cuadro de don Manuel Domínguez, existente en la capilla de Carlos III de la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid. – Entre las varias y preciosas pinturas con que Domínguez embelleció este magnífico templo cuando se procedió á su reciente restauración, figura en primer término la que con el maravilloso acierto á que nos tiene acostumbrados ha reproducido Baude, y nosotros publicamos.

Hablando de este cuadro, el Sr. Mesonero Romanos, hijo, dice en su notable monografía de esa iglesia:

«El reputado artista Sr. Domínguez ha pintado la última composición de esta capilla. Representa la *Concesión del escapulario del Carmelo por la Virgen de dicha advocación al general de la Orden Simón Stok, acompañado de otros santos de la Orden.*

»Al pie del trono de mármol, sobre el cual aparece sentada la Virgen con el Niño Jesús en su regazo, se ve al Santo inglés, primitivo reformador carmelita en el siglo XIII, cuya figura, de rodillas, es admirable de verdad, sobre todo la mano, que parece salirse del muro. Detrás de aquél, arrodillada también, está la mística doctora Santa Catalina de Sena, ó más bien Catalina de Pazzi, puesto que aquélla fué dominica.

»Ocupa el primer término del lado opuesto el obispo San Andrés Corsino, revestido de riquísimos ornamentos de admirable factura, y detrás, revestido de coraza sobre la cual lleva blanco sayal, otro santo, que ha de ser el carmelita Franco de Sena.

»La figura de la Virgen, que es una verdadera creación, se destaca sobre rojizo tapiz ó dosel, cuya saliente nota rompe una nube, prodigio de luz y transparencia, envolviendo á dos ángeles que llevan el emblema del Carmelo. Prueba esta composición las excepcionales condiciones del autor, que pinta como pocos y dibuja como lo hacen menos. Los tonos algo vivos, lo mismo que la disposición de las figuras, casi en el mismo plano, demuestran el estudio de la índole decorativa de la pintura, que ofrece más todavía su verdadero aspecto mural por no tener marco »

Después de esta descripción tan exacta y de la justa crítica que encierra, nada podríamos añadir respecto de la obra.

En cuanto al concepto de que en el mundo artístico goza el autor, hable por nosotros el reputado cuanto exigente crítico y distinguido colaborador de la Ilustración Artística, don R. Balsa de la Vega, quien en una de sus bellísimas *Siluetas de artistas* dice, hablando del Sr. Domínguez:

«Tan sólida como su figura, tan reposada como su carácter es la pintura de Domínguez. Pinta sin exaltaciones desorbitadas; concibe con gran claridad; es noble su casta de color; y una vez puesto delante del lienzo, no vacila; y si no es el caballo árabe que recorre el camino con rápida carrera, su labor, en cambio, ejecutada con calma, tiene la misma solidez y perfección al comienzo que al final: así, echando mano de un símil que un escritor español aplicó á Zola para describir lo más gráficamente posible el tesón y la laboriosidad del gran novelista francés, diré también que la de Domínguez como la de aquél, resulta lo que la labor del buey, tranquila, y como tranquila, constante é igual; de ahí que tengan siempre verdadero valor plástico las pinturas de Manuel Domínguez, no viéndose en ellas desfallecimientos y deficiencias que tan á menudo dan al traste con las reputaciones de la gente nueva.»

José Valero, fallecido el 12 del actual (de fotografía de D. J. Martí). – El teatro español está de luto. Paulatinamente van desapareciendo, sin dejar sucesores ni discípulos, los eminentes actores que han sido gloria de la escena española. D. José Valero falleció el 12 del actual, dejando en nuestro teatro un vacío difícil de llenar, puesto que este ilustre actor, aun en la ruina de su grandeza y de su ancianidad conservaba fuerzas é inteligencia para interpretar con su proverbial maestría los personajes de las obras, arrancando del público muestras de entusiasmo y respetuosa consideración.

Dedicado al teatro desde temprana edad, logró en aquella época de reservas y preocupaciones, gracias á su ingenio y vasta ilustración, reivindicar para los actores el perdido concepto y que se olvidase por la sociedad en que vivía hasta el despreciativo epíteto de *comediante*. Observador y estudioso, procuró seguir la escuela de Latorre, aquel verdadero gigante de la escena, y las finuras y delicadezas de otros actores no menos eminentes, como Arjona y Romea. Tan provechosas enseñanzas se amoldaron en el dúctil ingenio de Valero, transformando al discreto actor en distinguido maestro. Los personajes por él representados agrandábanse de tal manera que se convertían en ovaciones, puesto que los movimientos, las inflexiones de su voz, los pormenores escénicos, todo, en fin, resultaba grande y adecuado, fiel expresión de lo justo y verdadero. Bastaba ver en la escena á Valero una sola vez para no olvidarle; tal era la influencia que ejercía en el público, del que lograba entusiastas aplausos sólo con una frase ó una palabra. *Las querellas del rey sabio. La aldea de San Lorenzo, El Patriarca del Turia, Guzmán el Bueno, El Alcalde de Zalamea, Luis XI, La Carcajada, Baltasar* y otras obras más, cuyos nombres sería prolijo enumerar, significan otros tantos títulos de gloria para D. José Valero, quien no pudo sustraerse sin embargo ni evitar los amargos contrastes que ofrece la existencia, sufriendo dolorosas vicisitudes y cruentos sinsabores. Como consecuencia de ellos vióse obligado á abandonar el patrio suelo para buscar en nuestras hermanas de América, siempre generosas, consuelo y justa compensación á sus afanes. Montevideo y Buenos Aires prestaron aliento al artista, al eximio actor, que pudo regresar á España con nuevos laureles y con la tranquilidad de espíritu que podía darle el haber logrado asegurar, si bien modestamente, los días de su vejez.

Dotado de robusto organismo, resistíase á abandonar la escena, luchando denodadamente con el peso de los años, de tal manera que el público barcelonés pudo tributarle sus últimos aplausos hace algunos meses en el teatro Principal.

A los ochenta y tres años ha dejado de existir, quedando grato é indeleble recuerdo de su paso por la escena española. ¡Descanse en paz el que fué uno de nuestros actores más ilustres!



¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

PARTE PRIMERA

I

Una mañana el sol, penetrando por los entreabiertos balcones del gabinete, despertó á la princesa Elena Lodiski.

Abrió los ojos, se pasó la mano por la frente como para disipar las últimas nubes del sueño, y comenzó á cantar.

Todo el que canta inmediatamente después de despertarse es joven y feliz.

Atraída sin duda por el ruido de aquella voz sonora, asomó por entre la blanca colgadura que separaba el dormitorio del gabinete una perrita microscópica, de raza inglesa, y saltó al lecho de la princesa.

Pero ésta le dejó en aquel mismo instante, sin duda por contrariar al animal, y metiendo sus diminutos pies en unas chinelas, salió medio desnuda á la pieza inmediata, y juguetona como casi niña que era, comenzó á dar vueltas huyendo de la perrita, que la perseguía ladrando.

No hay nada más atractivo que la mujer-capullo, que así debe calificarse á la niña que se hace mujer *por medio de una divina explosión de castos misterios.* Una joven en esta nueva y rápida faz de su existencia, se asemeja á un nuevo astro que aparece en el cielo y atrae la mirada y el pensamiento del que le contempla.

La princesa Elena se hallaba en los primeros momentos de esta adorable evolución de la naturaleza; pues aunque tenía cerca de diecisiete años, en el país de su nacimiento el desarrollo no es tan precoz como en los climas meridionales.

Así es que las facciones de la princesa conservaban todavía los rasgos de la infancia, el blanco seno apenas se diseñaba bajo la cerrada batista de la bata, y á no ser por su estatura, alta en comparación de la de las jóvenes españolas, hubiérasela creído niña aún. Tenía la encarnación fresca y sonrosada del Norte, ojos azules y magníficos cabellos castaños.

Cansóse de jugar con la perrita, tomó un sombrero que la tarde anterior habíala traído la modista, y medio desnuda como estaba, se le probó coqueteando delante de un espejo, y luego volviendo á dejarle sobre un diván, se aproximó á los cristales de un balcón, envolviéndose pudorosamente en su blanca bata.

Mediaba el mes de marzo; eran las ocho de la mañana, y el sol resplandecía en el magnífico cielo de Madrid.

La princesa quedó deslumbrada.

Nacida en San Petersburgo, había dejado la corte de Rusia para trasladarse á la de España. Durante su rápido viaje, en el cual su padre no quiso detenerse ni aun en París, como deseaba la joven princesa, alegando la razón de que tan grande ciudad no puede verse en poco tiempo, reinó un constante temporal de agua; de suerte que la viajera no pudo acostumbrarse gradualmente á la claridad del cielo meridional, y quedóse, como hemos dicho, deslumbrada, cuando al tercer día de su estancia en Madrid admiró por primera vez el brillante sol, la espléndida atmósfera y la intensa primavera de la villa coronada.

II

¿Por qué causa se hallaba en Madrid la princesa rusa Elena Lodiski?

Vamos á explicarla en breves palabras. Durante la antepenúltima guerra civil la mayor parte de las potencias del Norte se declararon en favor de don Carlos de Borbón, suspendiendo sus relaciones diplomáticas con la corte de España, hasta que posteriormente, reconociendo los *hechos consumados*, fueron saliendo de su retraimiento.

Rusia fué la más rehacia en reconocer al gobierno español, ya definitivamente constituído; pero por último siguió el ejemplo de todas las demás naciones. No obstante, antes de llegar á este resultado, mediaron trabajos diplomáticos. El gobierno de España envió á San Petersburgo un agente encargado de una misión secreta, y á consecuencia el czar de Rusia se valió con el mismo objeto y con igual carácter privado del príncipe Lodiski, padre de la linda joven á quien ya conoce el lector.

Pertenecía el príncipe á una gran famila, era inmensamente rico y gozaba de gran favor en la corte de Rusia. Viudo y sin más hijos que Elena, adoraba en ella. Su misión diplomática podía ser breve ó no, y en esta duda determinó acceder á los deseos de su hija y á los de su corazón, trayéndola consigo á España, para después hacerla conocer las principales cortes de Europa.

A su llegada á Madrid los ilustres viajeros se instalaron en una hermosa casa situada al fin de la calle de Hortaleza, de antemano preparada para recibirlos, y sólo habían mediado tres días desde su arribo á la capital de España hasta el momento en que hemos hecho conocimiento con la princesa.

Ocupada ésta con los cuidados de la instalación en su nueva morada y retraída en ella á causa del temporal de aguas, en aquella época general en Europa, sus primeras impresiones en Madrid no fueron agradables. Viendo desde sus balcones un cielo constantemente nublado, no halló diferencia entre éste y el de su ciudad natal, y al dilatar sus miradas por el árido Campo de Guardias, que desde su casa veía en parte, recordó su frondoso jardín de San Petersburgo y los azules lagos del regio palacio de Anitchkoff.

Pero cuando la mañana á que nos referimos se encontró con tanta claridad en el cielo y con tan brillantes tonos en el ambiente, experimentó una doble sensación de sorpresa y de alegría.

En Madrid la primavera suele aparecer repentinamente y se adorna con todas sus galas: soplan los cálidos vientos del meridiano, desaparecen las nubes intensas, la escarcha se seca en las calles, las hojas brotan en las ramas casi de súbito, y por la eterna ley de las compensaciones, á falta de los grandes monumentos y de la rica vegetación de otras ciudades, la corte de España ostenta las magnificencias de su cielo y de su sol.

La princesa tocó un timbre, y momentos después, con intervalo de algunos minutos, se presentaron dos personas en el gabinete.

Eran dos mujeres: una de ellas joven, bonita y elegantemente vestida; la otra, anciana, de cabellos blancos, de aspecto fino y bondadoso.

La primera era la doncella de la princesa; la segunda su aya Eduvigis Kaula, que la había visto nacer.

– Eduvigis, dijo la princesa mientras se entregaba á los primeros cuidados de la doncella, ¿has visto qué mañana tan hermosa?

– Efectivamente, hija mía; por fin aparece este *famoso* sol de España

– Yo quiero pasear y correr para desquitarme de estos días de reclusión.

– Si quieres, iremos al Retiro.

En su calidad de casi madre, el aya tuteaba á la princesa.

– ¿Y qué es el Retiro?, preguntó ésta.

– Según Juan, el criado español que hemos recibido, es una posesión real dentro de Madrid: especie de jardín público muy vasto y ameno.

– Iremos, pues, al Retiro, de lo que Bibí se alegrará no poco.

Bibí era la perrita microscópica de la princesa.

III

Desde aquel día, ésta no faltó ni una sola mañana al Retiro, que agradóla sobre manera.

Ciertamente, el Retiro es un sitio encantador, quizá por causa de su desaliño y de sus contrastes. En su recinto hay de todo: conatos de parque real y de bosque, un *parterre* atildado como la prosa de un académico, trozos de huerto, terrenos plantados de olivos como en los alrededores de Jerusalén,



y sitios en donde la brisa es fresca y perfumada, mientras que en otros sopla el viento harmatán de la Cafrería.

La princesa era extremadamente aficionada al campo. Aún quedaban en ella *resabios* de niña, y gus-

tábala aspirar el aire puro y dar expansión á su necesidad de movimiento.

El Retiro, hoy ya *Parque de Madrid*, tenía además otro atractivo para ella: el de la soledad. Exceptuando los días festivos, por la mañana pasean contadas personas por la vasta posesión, y la linda juguetona podía corretear con su perrita sin exponerse á miradas indiscretas.

Por lo regular, primeramente daba grandes paseos por la parte alta, hacia el sitio llamado vulgarmente Baño de la elefanta, hasta que el calor y el cansancio la obligaban á buscar un lugar más sombrío.

Descubrió uno muy á propósito. Es una larga calle de árboles paralela al Parterre, hacia el lado de Atocha y casi siempre solitaria. Hay allí algunos asientos de piedra, situados en hilera y bastante distantes unos de otros La princesa se sentaba en uno de ellos y leía á Alfonso Kar, su autor predilecto, interrumpiendo á veces su lectura para dar alguna carrera á lo largo de la calle en compañía de Bibí.

Entretanto la anciana aya, calados los anteojos, se ocupaba tranquilamente en alguna labor de mano.

IV

Una mañana aquel sitio no estaba completamente desierto: había en él un joven que, sentado en uno de los bancos, leía.

Representaba de veinte á veinticinco años de edad. Era esbelto, de mediana estatura, de rostro trigueño, agraciado é inteligente. Sus grandes ojos negros, muy separados entre sí, le daban un aspecto noble y bondadoso, y su negra y fina patilla, así como también sus *ricos* cabellos, contrastaban con la imberbe juventud de su bigote.

Tenía el empaque de una persona *que ha venido á menos*. Su traje conservaba restos de elegancia, pero su sombrero comenzaba á arruinarse y sobre el cuello de su cazadora hubiéranse podido hallar las huellas del álcali volátil. Llevaba una camisa de irreprochable blancura y las manos esmeradamente cuidadas.

Como es natural, la princesa al llegar á su sitio predilecto reparó en el joven, y éste no pudo menos de mirar con alguna frecuencia á la princesa, aunque con la discreción conveniente.

Pasado este primero y rápido movimiento de curiosidad, uno y otro se entregaron á la lectura.

En los días siguientes se repitió esta escena. Cuando la princesa llegaba á la calle de árboles, ya estaba allí el joven, sentado siempre en el mismo banco y al parecer siempre leyendo. Alguna vez, sin embargo, interrumpía su lectura y parecía distraerse con las carreras de la perrita de la princesa. Esta también cerraba el libro de cuando en cuando y miraba hacia todas partes como admirando la naturaleza

Y ciertamente en aquellos días el Retiro estaba admirable.

Reinaba el crepúsculo de la primavera y del verano: era la época de la venida de las aves de paso más retrasadas, y presintiéndose ya los ardores del estío, aún se aspiraban los perfumes de la estación de las flores. La savia había concluído su obra, de suerte que la mayor parte de las plantas se hallaban en plena virilidad.

Las margaritas iban acabándose: la princesa, que era muy aficionada á ellas, difícilmente encontraba alguna entre las hierbas del inculto terreno próximo á la calle de árboles. El reinado de esta flor se limita á la primavera: debía ser la flor del poeta.

Un día, sin embargo, al sentarse en el banco de piedra se encontró en él unas cuantas, olvidadas sin duda por alguna persona aficionada también á estas humildes hijas de los campos.

La princesa, como hemos dicho, miraba hacia todas partes; pero (en honor de la verdad) las menos veces hacia el sitio en donde se hallaba el joven lector.

No obstante, un observador malicioso hubiera notado algunas ligeras variaciones en el carácter y costumbres de la princesa.

A ésta, quizá por causa de su altivez aristocrática y además con objeto de entregarse á sus correterías, gustábala la soledad, y sin embargo, no parecía contrariada por la presencia del joven desconocido, y eso que por causa de éste tenía que limitar sus carreras y cuidar de la falda de su vestido, agitada á veces por el viento.

Por otra parte, sus paseos hacia el Baño de la elefanta eran cada mañana más breves, aunque esto estaba justificado por el calor, que cada día comenzaba á molestar más temprano.

La princesa, que antes siempre hablaba en su idioma patrio, dió en usar el francés, exponiéndose á que el joven incógnito se enterase de sus conversaciones con el aya.

V

Transcurrieron algunos días en que no sucedió nada de particular.

El joven, siempre en el mismo sitio, se entregaba á la lectura; pero sus distracciones eran cada día más frecuentes Hubiera podido observarse que cuando leía tardaba mucho tiempo en volver las hojas del libro, y cuando dejaba de leer miraba más largo rato hacia el lado en donde solía estar la princesa.

Por parte de ésta también comenzaba á haber *blandura*: no hay hielo que resista á la fuerza del sol primaveral. El sitio influye mucho en las sensaciones: Laura, desdeñosa en Aviñón, se rindió en Valclusa. La transmisión del *efluvio simpático* de las *corrientes magnéticas* es más rápida en unos lugares que en otros, y en medio de la naturaleza la savia penetra en el corazón tanto como en la tierra.

La princesa leía menos que antes; pero en cambio admiraba más la infinita variedad de la creación en mil pequeños incidentes. Seguía el vuelo de las golondrinas que casi rasaban la tierra, el culpable azoramiento de los gorriones picoteando en la corteza de los árboles, la abundancia de luz que se derramaba en reflejos, en rayos y en reverberaciones sorprendentes, y veía pasar las mariposas blancas de la primavera que pronto debían ser reemplazadas por las mariposas de colores del verano.

Porque, ¡cosa rara!, la princesa, aunque tan joven era contempladora como un poeta; y digo ¡cosa rara!, pues la juventud, aunque la sienta sin darse cuenta de ello, se impresiona poco ante el espectáculo de la naturaleza: hay en el corazón joven más savia, más resplandores, más maravillas que en el panorama más esplendoroso, y la irradiación interior hace aparecer pálidos todos los objetos exteriores.

La contemplación del *cosmos* es la triste compensación de la vida que va declinando; y el hombre se enamora de la tierra cuando sabe que pronto ha de abandonarla: es como el viajero que se aleja de la patria adonde nunca ha de volver.

Alguna vez, no obstante sus contemplaciones, la princesa lanzaba miradas furtivas hacia el banco en donde estaba sentado el joven desconocido.

Este miraba más francamente á aquélla; sin embargo, en ciertos momentos, se entregaba con encarnizamiento á la lectura.

Había en ambos jóvenes movimientos y acciones que parecían ser resultado de idénticos pensamientos.

Un día la princesa prolongó más tiempo que de ordinario su paseo hacia el Baño de la elefanta.

Otra mañana, cuando aquélla llegó á la calle de árboles, el joven no estaba allí como de costumbre y tardó largo rato en presentarse.

Probablemente ambos pensaban estos ó parecidos monólogos.

Él. – ¡Qué linda es! En mi vida he visto criatura más preciosa; pero pensar en ella es una locura, la fortuna y la posición social nos separan. Además es extranjera, y el mejor día volverá á su país; debo, pues, desechar un sueño irrealizable.

Ella. – Ciertamente es guapo, simpático; pero desgraciadamente parece pobre y obscuro. ¿Qué adelanto con alentar su esperanza?

VI

Una tarde, la princesa, acompañada de su padre, paseaba en carretela por la Fuente Castellana.

Al lado de su carruaje, un joven agregado á la Embajada de Francia cabalgaba en una magnífica yegua inglesa *de ilustre genealogía*.

La princesa, que hablaba con el jinete y sonreía, enmudeció de repente, se puso seria y aun puede asegurarse que palideció un tanto.

No obstante, nada al parecer motivaba esta transformación: los carruajes seguían marchando en hilera, y los jinetes se cruzaban en opuestas direcciones.

Uno de éstos alcanzó á la carretela de la princesa, la miró al pasar y siguió adelante al paso de su caballo.

Al ver á aquel caballero que la miraba, la princesa quedóse sorprendida, porque en él reconoció al joven del Retiro, á quien no esperaba encontrar en aquel sitio, y sobre todo á caballo.

Repuesta ya de su sorpresa, *escudriñó* al jinete con esa mirada rápidamente analítica peculiar á la mujer. El traje del lector del Retiro no había cambiado: el mismo sombrero en decadencia, la misma cazadora dudosa, el mismo aspecto de *caballero pobre* de siempre. En cuanto al caballo que montaba tenía buena estampa; pero de tordo obscuro debía haber pasado á tordo claro, síntoma infalible de edad provecta.

– ¿Conoce usted á ese joven del caballo tordo que va ahí delante?, preguntó la princesa al caballero que cabalgaba á su portezuela.

El diplomático miró á la persona designada.

– No, contestó después de un ligero examen. No creo haberle visto nunca.

– Monta bien.

– Efectivamente no *cae* mal; pero el caballo pronto debe retirarse á los inválidos.

Durante el resto de la tarde, la princesa no volvió á ver al joven...

A la mañana siguiente fué, como siempre, al Retiro, y halló al desconocido ocupando el mismo banco que de costumbre.

Transcurrieron dos días.

Al tercero después del encuentro en la Fuente Castellana, la princesa y el joven lector ocupaban en la calle de árboles sus posiciones respectivas.

Pero aquella mañana Bibí, la perrita inglesa, estaba muy juguetona y obligaba á su ama á dar alguna que otra carrera. Había llovido al amanecer, el suelo estaba algo húmedo y la arena en algunos sitios removida.

En una ocasión, la perrita, perseguida por la princesa, quiso atravesar por un claro abierto de un vallado de boj que crece entre la hilera de árboles más próximos al Parterre.

Esta se inclinó para coger al animal antes de que pudiese conseguir su intento, y como en aquel sitio el terreno forma el declive de un arroyo, sin agua á la sazón, pero resbaladizo, se la fué un pie y cayó al suelo dando un grito de dolor.

Al oir este grito, al que siguieron ahogados lamentos, el joven desconocido corrió inmediatamente al lado de la princesa y momentos después el aya de ésta.

Pusiéronla en pie, y viendo que no podía andar tomóla aquél en brazos y la trasladó al banco más cercano.



La princesa se quejaba cada vez más: el aya estaba azorada y el joven aturdido.

Llevóse aquélla la mano al pie izquierdo, que íbase hinchando por momentos.

El aya la descalzó, exclamando:

– ¡Pronto un médico, el coche! ¡Que venga el coche, ha quedado en la plaza!...

La pobre mujer no sabía darse cuenta de lo que hacía ni decía.

Afortunadamente el aya hablaba en francés y el joven pudo entenderla.

– ¡Un médico!, dijo éste. ¿Dónde encontrarle?

– Vaya usted por el coche, repuso el aya.

– ¡Pero si no permiten entrar aquí carruajes! (1). Se perdería mucho tiempo en... ¡Ah! Lo mejor sería esto.

Y tomando en brazos á la princesa, casi desmayada de dolor, comenzó á correr en dirección á la puerta que entonces había en el Retiro.

El aya recogió maquinalmente la labor en que había estado ocupada, la sombrilla y un libro de la princesa y otro que el joven había dejado caer en medio de la calle de árboles, y les siguió con todo el apresuramiento que su edad la permitía

Desde el sitio en que sucedió este incidente hasta la entrada del Retiro media un buen trecho; de suerte que cuando el joven llegó con su para él preciosa carga á la plaza, hoy derruída, en donde estaba la

(1) Así era en la época á que se refiere este relato.

berlina de la princesa, apenas le quedaron fuerzas para colocar á ésta en el carruaje, ayudado del cochero.

El aya llegó momentos después, el coche partió con rapidez; y el joven, rendido de cansancio, se dejó caer en la escalinata de la antigua parroquia del Buen Retiro, hoy derribada también.

VII

La princesa tenía dislocado el tobillo. La cura fué lenta y la linda paciente tuvo que permanecer muchos días en su aposento.

Durante este tiempo ella y el aya hablaron algunas veces del joven del Retiro. La anciana le recordaba con gratitud.

– ¡Pobre joven!, decía. ¡Qué bueno parece! A no ser por él hubieras sufrido mucho más. ¡Cómo te llevaba en brazos y qué cansado debía estar cuando te dejó en el coche!

La princesa oía al aya y se quedaba pensativa.

Un día ésta recordó un incidente.

– Sabes, dijo, que creo que me he traído un libro de ese joven, que recogí del suelo.

La princesa se hizo traer los pocos libros que últimamente había leído.

Entre ellos encontró uno desconocido, pero que creyó haber visto en manos del joven del Retiro.

– Efectivamente, dijo á su aya, este libro no es mío: debe ser el que tú recogiste.

Y miró el título.

El título decía: *I promessi sposi.*

La princesa se turbó

VIII

Dos días después, á la caída de la tarde, el joven del Retiro pasaba muy despacio por frente á la casa del príncipe Lodiski, que como ya sabemos estaba situada al fin de la calle de Hortaleza.

Al verle aproximarse una persona que detrás de los cristales de un balcón miraba hacia la calle, se retiró al interior, y antes de que llegara aquél á pasar por junto á la puerta de la verja que rodeaba al edificio, hallábase en el umbral una joven elegantemente vestida y con un libro en la mano.

Esta, al acercarse el joven, le salió al encuentro en la acera y le dijo en francés:

– Caballero, la señorita princesa Lodiski da á usted las más expresivas gracias por la amabilidad é interés con que acudió en su auxilio, y le devuelve este libro que se dejó olvidado en el Retiro.

Dichas estas palabras, la doncella de la princesa esperó un instante; mas viendo que el joven se limitaba á tomar el libro en silencio, le saludó y volvió á entrar lentamente en la casa. La verdad es que éste no acertaba á darse cuenta de lo que le sucedía, primero por lo inesperado del suceso, y luego porque detrás de los cristales de un balcón veía diseñarse, entre las sombras del crepúsculo nocturno, un objeto que absorbía poderosamente su atención.

El joven se detuvo un momento, y después continuó andando calle arriba, hasta salir al campo.

A juzgar por la viva emoción que revelaba su semblante, necesitaba aire que respirar. Oprimía casi convulsivamente entre sus dedos el libro que llevaba en la mano.

Llegó á uno de los bancos de la Ronda, y se sentó.

Al abrir maquinalmente el libro sin saber para qué, puesto que ya no se distinguía á leer, reparó en un objeto que había entre dos páginas y que estuvo á punto de caer al suelo.

Era una hoja de malva-rosa, fresca todavía.

Esto, que sencillamente podía ser una señal olvidada, aumentó la emoción del joven, pues por lo menos, atendido al estado de frescura de la hoja, indicaba que alguna persona había leído recientemente en el libro.

¿Quién? *That is question.*

Si un grande hombre político, ó eminente diplomático, ó famoso general, de esos que derriban dinastías y cambian la faz de las naciones, hubiese visto á nuestro joven contemplando absorto la hoja que tenía en la mano, sonreiría con desdén diciendo: *¡frivolidad!*; ¡como si mediase una gran diferencia entre una flor que se besa apasionadamente y luego se coloca en el ojal de la levita, y una placa brillante que se ostenta en el pecho!; ¡como si las manifestaciones del orgullo fuesen más nobles que las del corazón!

La noche avanzaba y el joven del Retiro permanecía aún sentado en el banco, ajeno á todo cuanto pasaba en derredor suyo.

¿En qué pensaba? ¿De qué causa provenía la melancólica expresión de su semblante?

Cualquiera que hubiese acertado á verle meditabundo y cabizbajo, diría: *¡qué triste está ese joven, debe ser muy desgraciado!*

Y sin embargo, aquel joven iba á comenzar á vivir la única, la verdadera vida del alma, en ese paréntesis admirable que Dios ha puesto en el tráfago del mundo. Para aquel joven acababa de abrirse la flor de la creación, que es el amor; aquel joven sentía el placer presentimiento de las ilusiones no realizadas, pero que se esperan con la fe del corazón, y esa melancolía que hace sufrir dulcemente, como sufre una madre que por primera vez siente el fruto de su amor agitarse en sus entrañas; tristezas suaves y embriagadoras, más dulces que la alegría, porque están sostenidas por la esperanza y no han pasado aún por las terribles pruebas del desengaño.

IX

¿Quién era el joven del Retiro?

En 1823 un capitán del ejército español emigró á Francia, á consecuencia de los sucesos acaecidos en España, y se estableció en la ciudad de Orleans, en donde desde hacía años residía un primo suyo. Pertenecía el capitán expatriado á la nobilísima familia madrileña de los Bernáldez de Toledo, famosa en el siglo XVI por su opulencia y emparentada posteriormente con los duques del Infantado. De modo que en cuanto á nacimiento nada había que pedirle, mas no así respecto á bienes de fortuna; pues por una serie de vicisitudes, á que más que ningunas otras están expuestas las familias nobles, el capitán don Luis Bernáldez de Toledo, perdido el sueldo inherente á su grado en el ejército á consecuencia de la emigración, no poseía más bienes que su espada, condenada á inacción forzosa.

No obstante esta pobreza notoria, su nobleza, agradable figura, distinguidos modales y su cualidad de expatriado, le proporcionaron buena acogida en la alta sociedad de Orleans. Enamoróse de *buena fe* de la hija única de un anciano banquero de esta ciudad, y digo de buena fe, porque seguramente el joven capitán no se prendó del dote, sino de las prendas de su amada. La hija del banquero era lo que se llama una niña mimada; de suerte que fácilmente obtuvo el consentimiento de su padre para efectuar su enlace con el noble emigrado español.

El banquero estaba muy achacoso y los jóvenes esposos se establecieron en su compañía, cuidándole en los últimos años de su vida, que duró hasta cinco después de verificado este matrimonio, heredando á su muerte un considerable caudal. Las cosas, pues, habían seguido un orden natural, y en el transcurso de tiempo que medió desde la boda de ambos jóvenes hasta el fallecimiento del banquero, nada acaeció digno de mención y ninguna nube eclipsó la prolongada luna de miel de los cónyuges.

Desde el momento en que éstos se vieron dueños de una respetable fortuna, su historia íntima es desconocida, y únicamente atendiendo á los hechos puédense deducir conjeturas, que tal vez más adelante se aclaren hasta el punto de hacernos conocer la verdadera causa de los sucesos que se siguieron.

Un año después de la muerte del banquero de Orleans, D. Luis Bernáldez de Toledo y su linda y todavía joven esposa hallábanse establecidos en París, en un *petit palais* de la calle de Viviene, y veíaseles en todos los sitios frecuentados por el *gran mundo*, alternando dignamente con la sociedad más escogida y aristocrática. Tenía lujosos trenes, *notables* caballos y frecuentemente su hotel, resplandeciente de luz, se animaba con el ruido de las fiestas.

X

Desde esta época hasta quince años después, los perdemos de vista para volverlos á hallar en España, viviendo en una especie de alquería, situada á media legua de Valladolid.

¿Qué causas habían motivado este cambio de localidad y de fortuna?

Y digo de fortuna, porque en su *ménage* se echaba de ver una medianía rayando casi en la pobreza. Su servidumbre se reducía á un criado viejo y á una criada casi niña; D. Luis Bernáldez de Toledo, gran aficionado á caballos, sólo conservaba uno, en el que daba largos paseos por el campo; y en cuanto á su esposa, nadie recordaría en aquella señora, modestamente vestida, á la elegante dama de *Long-Champs* y de las carreras británicas del Derby.

Sin duda París, ese monstruo que se alimenta de tantas fortunas, se había tragado la del banquero de Orleans, puesta en manos de sus herederos. Jóvenes éstos, y deslumbrados por los placeres de la gran capital, no habían podido resistir á la seducción y se arruinaron. Esta versión es la más verosímil. Pero ¿por qué vivían en los alrededores de Valladolid y de que vivían?

Esto sí se sabe.

Viéndolos reducidos á una pobreza que ya comenzaba á ser humillante en París, y negándose la hija del banquero á establecerse en Orleans, en donde había sido rica y feliz, un tío de ésta, bastante bien acomodado, y el primo de D. Luis, de que ya hemos hecho mención, les propusieron el único partido aceptable y compatible con el orgulloso retraimiento deseado por aquel matrimonio que había venido *tan á menos*. La amnistía de 1831 abría á D. Luis las puertas de España. Su primo puso á su disposición una alquería que poseía cerca de Valladolid, y el tío de su mujer señaló á ésta una pensión vitalicia de mil quinientos francos anuales.

D. Luis aceptó esta proposición, que era una especie de limosna. Su espíritu estaba abatido; los disgustos, y tal vez los remordimientos, habían anticipado en él la vejez. Perdida la fuerza moral, le halagó la idea de la vida solitaria en que iba á aislarse del mundo, y en la cual podría entregarse de lleno á la única dicha que le quedaba.

Consistía ésta en vivir al lado de su hijo, habido en el segundo año de su matrimonio, educado en un colegio de París y que á la sazón contaba catorce años de edad. Su pariente y el de su mujer propusieron á D. Luis costear la educación del adolescente; pero él, con irreflexivo y paternal egoísmo, no consintió. Harto comprendía que obraba mal, mas no tuvo la abnegación suficiente para privarse del único consuelo y de la postrera felicidad de su existencia, en la monótona, triste y retraída que iba á comenzar para él. Se asió á su hijo como el náufrago á la tabla de salvación, y esta conducta merece tal vez alguna disculpa, porque... porque el pobre caballero, no sólo había perdido una fortuna, sino también su felicidad conyugal.

Marcial, el hijo de D. Luis, era un niño hermoso, inteligente, perfectamente educado y de carácter algo melancólico; las desgracias de su familia pesaban sobre él, y el interior de su casa no era el más á propósito para inspirarle ideas halagüeñas. Entre su padre y su madre mediaba cierta frialdad, cierto retraimiento notorio: en aquel hogar, silencioso como una tumba, no se encendía jamás el fuego del cariño. Su madre leía ó hacía labor, su padre paseaba por el campo. El joven sorprendía á ambos cónyuges en ese estado de agitación en que termina una reyerta, y oía frases aisladas, cuyo sentido comprendía vagamente.

En estos hogares tristes nacen generalmente los caracteres apasionados; Werter nunca vió sonreir á su padre.

En el corazón de Marcial sucedió lo que en casi todos los que viven en medio de otros corazones que están íntimamente ligados al suyo. Puesto el peso de su cariño entre su madre y su padre, se inclinó hacia el lado de éste, y como siempre que se da igual caso, con justicia. El adolescente comprendió que había á su lado un corazón más noble, más expresivo, más herido y más merecedor de consuelo.

XI

Nueve años después, á fin de octubre de 184..., Marcial, que estaba ya en la fuerza de la juventud, y que hacía dos años que había perdido á su madre, acompañaba al humilde cortejo fúnebre que conducía los restos mortales de su padre al cementerio del pueblo de Huertas, situado á corta distancia de su alquería.

Acompañábale un viejo criado que le había visto nacer, y ambos confundieron sus lágrimas junto á la pobre huesa en que fué sepultado D. Luis Bernáldez de Toledo.

Algunos días después de la muerte de su padre, Marcial, montado en el caballo que había sido de aquél, caminaba hacia Madrid en compañía de Bernardo, el viejo criado que cabalgada en una mula de paso, llevando en la grupa una abultada maleta, que sin duda encerraba todo el equipaje de amo y servidor.

Marcial llegó á Madrid con algunos miles de reales, producto de la venta de los enseres de su casa. Hallábase huérfano, ignorante del mundo, sin apoyo de ninguna clase, pues el primo de su padre había muerto dos meses antes, y aunque sabía que estaba entroncado con varias familias ilustres su altivo carácter le retrajo de hacer gestiones para ponerse en contacto con ellas.

El ejemplo de su padre, la vida del campo y su melancólica niñez hiciéronle adquirir hábitos de orgulloso retraimiento: Marcial tenía mucho de caballero y algo de poeta.

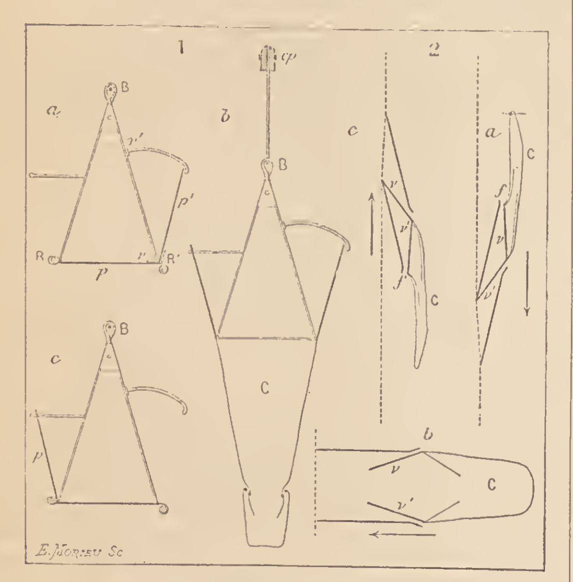
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA PESCA BATHYPELÁGICA

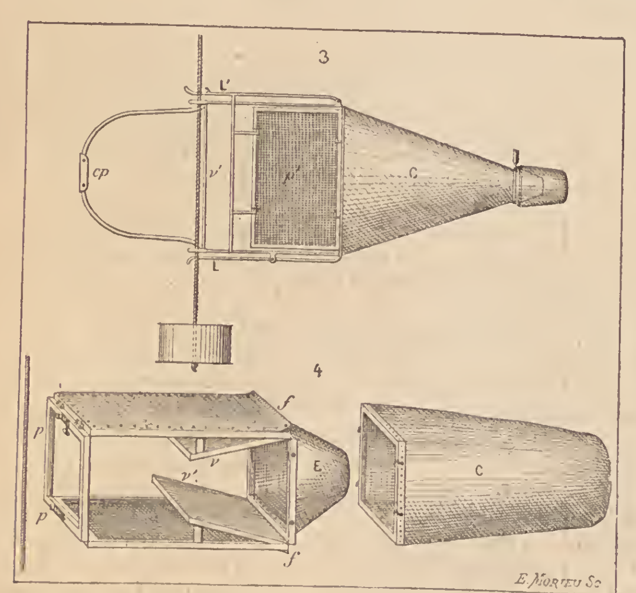
Bajo esta denominación se entiende la pesca con red fina en alta mar á todas las profundidades, pero siempre á distancia del fondo y de la superficie.

La idea de investigar cuáles son las formas de animales minúsculas y delicadas que en tales situaciones viven data de reciente fecha, y entre los varios aparatos que para llevarla á la práctica se han inventado, merecen ocupar el primer lugar los de M. Hermann Fol, que su autor describe en la revista de ciencias *La Nature* en los siguientes términos:



Figs. 1 y 2. Aparato de pesca bathypelágica. - Fig 1. Las tres posiciones de las puertas en la red de dos puertas de M. Hermann Foll, á vista de pájaro - Fig. 2. Las tres posiciones de la red bathypelágica á báscula del mismo autor.

«He aquí la descripción de mi red con postigos (figs. 1 y 3): un cuadro rectangular de hierro de 80 por 50 centímetros sirve de sustentáculo á una red C, de gasa de Zurich; la abertura del cuadro puede cerrarse por una de las dos puertas *p* y *p'* fijadas por goznes á los lados largos del cuadro y que, como éste, miden 80 por 50 centímetros. El cuadro va unido por triángulos de hierro á los anillos B por los que pasa el cable de alambre de acero. Estos triángulos están dispuestos de modo que no dificulten el juego de las puertas, y sirven de sostenes á las palancas de los cerrojos, que retienen las puertas en su posición de partida. Fuertes muelles tienden á abrir la puerta *p* (fig. 1, *a*, R), y á cerrar la *p'* (fig 1, *a*, R'); el cerrojo *v* (fig. 1, *a*) mantiene cerrada la puerta *p*, y el cerrojo *v'* abierta la *p'*. Los anillos (fig. 1, B) están formados por dos garfios, puestos en sentido inverso, que se deslizan con roce duro uno sobre otro y están mantenidos en su posición cerrada por una pequeña muesca. El aparato desciende hasta encontrar el obstáculo del extremo del cable; el choque obra sobre la palanca L (figs. 1 y 3) y suelta el cerrojo *v*. La puerta *p* se abre, y andando la embarcación á razón de medio nudo el aparato pesca sin que el cable se aparte sensiblemente de la vertical, con tal que el obstáculo del extremo del cable sea bastante pesado. Cuando se considera suficiente la pesca se envía á lo largo del cable un correo de unos 2 kilogramos, provisto de un sistema de cerradura tan sencillo como los anillos, que al chocar contra la palanca L' (fig. 3) suelta el cerrojo *v'*, cerrándose así la puerta *p'* y pudiendo remontarse la red con el cable.



Figs. 3 y 4. Aparato de pesca bathypelágica. - Fig. 3. La red de dos puntas en el momento del descenso, vista de perfil. - Fig. 4. La red á báscula vista de perfil, desmontada.

»Las dos puertas abiertas durante la pesca (fig. 1, *b*) forman un embudo que ensancha la entrada: cerradas, entran en una trasmalla del cuadro que hace absoluto el cierre. El aparato no puede funcionar mal sin que lo indique la posición de las puertas al recogerlo. La longitud de los triángulos de hierro mantiene la red de gasa de seda á bastante distancia del cable metálico para evitar toda rotura por rozamiento con éste.

»El aparato funciona con gran regularidad con tal que los hierros y los pasadores sean bastante fuertes para impedir las flexiones y torsiones. En este punto he luchado al principio con grandes dificultades y he tenido que reforzar todos los ángulos por medio de escuadras en cantoneras. Ha sido también preciso dar á los muelles que cierran las puertas una fuerza suficiente para vencer con facilidad la resistencia del agua. Por último, la soltura de los cerrojos no queda perfectamente asegurada más que si el aparato está vertical, y para asegurar esta verticalidad se ha tenido que añadir un brazo de palanca con un plomo *cp*, que forma contrapeso al cuadro de hierro.

»Tómese una ú otra de estas redes, pues ambas son recomendables por varios conceptos, siempre resultará el inconveniente de no poder pescar más que á una profundidad determinada en cada operación. Ahora bien: las capas profundas son pobres; los animales pueden encontrarse solamente á determinados niveles, y hay gran interés en poder explorar primero por medio de un enlace de pequeñas redes una serie de niveles diferentes para saber á qué profundidad se deberá enviar la red grande con más probabilidades de éxito.

»Después de muchos ensayos he adoptado el dispositivo que indica la fig. 4, que á primera vista parecerá extraño; pero ruego al lector que no lo condene antes de haberlo probado, porque llena su objeto: en esto estriba su mérito y en esto difiere de los mejores proyectos. Se compone de cuatro cuadros de madera: dos cuadrados, de 30 centímetros de lado, y otros dos largos, de 30 por 59 centímetros, y todos están unidos entre sí por medio de charnelas, como se ve en la fig. 4. Los cuadros pequeños permanecen abiertos; los grandes llevan una tela tendida y van provistos de cuadrados suplementarios *v* y *v'*, montados en marcos largos, en posición invariable y á un ángulo de 14°, y provistos también de tela: el papel que desempeñan es el de postigos para cerrar la red. Uno de los pequeños cuadros cuadrados se fija en el cable y lleva á este efecto unas pinzas *p p* inventadas *ad hoc:* el otro lleva un cono truncado de gasa E y unos anillos destinados á retener un tercer cuadro del mismo tamaño que sostiene la red *c*. Se envía un peso de 30 á 50 kilogramos al extremo de un pequeño cable de alambre de acero y mientras éste desciende, y sin detenerlo se van fijando en él las redes sucesivamente de distancia en distancia. La resistencia del agua obrando sobre la tela tendida en los marcos largos obliga á los aparatos á tomar en el descenso la disposición indicada en la figura 5, *a*, en la que la entrada de la red se encuentra cerrada por uno de los postigos *v*. Cuando se ha soltado la cantidad de cable que se desea se hace máquina avante á razón de medio nudo y los aparatos toman la posición indicada en la figura 5, *b*, no en virtud de mecanismos complicados y expuestos á estropearse, sino espontáneamente por el simple hecho de la traslación horizontal.

»Terminada la pesca, se retira el cable, siendo muy importante que el ascenso se haga regularmente y sin pararse; por esta razón todo está dispuesto para desprender los aparatos del cable en un instante. Para mayor seguridad, se procurará mantener el barco inmóvil y verticalmente sobre el cable, cosa á menudo difícil de conseguir. Ocioso es decir que la pesca pelágica debe hacerse con buen tiempo, pero un poco de marejada no le perjudica.

»En el momento de la inmersión debe cuidarse de mantener el aparato por el fondo de la red en la primera posición (fig. 5, *a*); pues sin esto, un poco de agua de la superficie podría penetrar directamente en la red antes de que ésta se incline hacia arriba.

»Asimismo á la salida puede el aparato entreabrirse un instante si no se ha tenido la precaución de levantar la tela en el borde posterior de los marcos largos (figs. 4 y 5), de manera que se produzca un escape rápido del agua comprendida entre esta tela y la del postigo. He aquí por qué la tela de los marcos grandes aparece levantada en un extremo por cantoneras de madera (fig. 4, *f*).

»A los que quieran construir redes de báscula más grandes que las mías, he de recomendarles que busquen, no sólo por medio de cálculos, sino principalmente por la experiencia directa, cuál sea el peso necesario para que, andando el buque á razón de medio nudo, la línea no se aparte de la vertical en más de 15°: en estas condiciones es como una gasa fina tamiza mejor el agua, y el coseno de este ángulo es tan pequeño que no produce error apreciable en cuanto á la medida de la profundidad del aparato. Por lo demás, nada más fácil que medir el ángulo, pues un cable de acero con lastre suficiente permanece sensiblemente recto cuando el barco anda despacio, y las personas versadas en la pesca con cables de acero, convendrán conmigo en que esta causa de errores es de todo punto insignificante.»

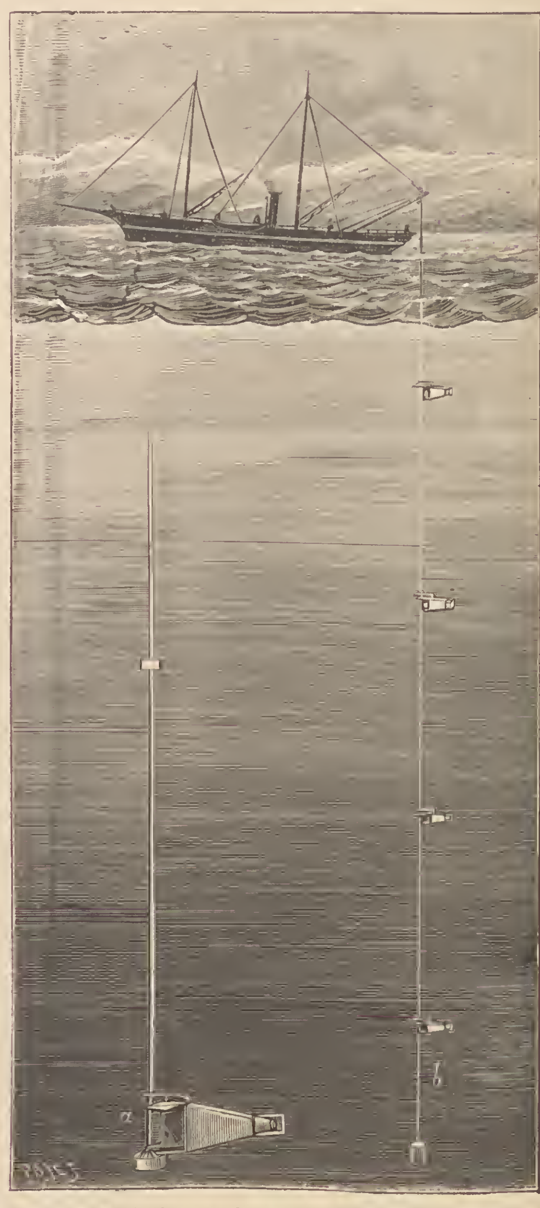


Fig 5. Modo de usar el aparato de pesca bathypelágica de M. Hermann Foll

(De *La Nature*)

LA MEMORIA

La historia nos ofrece gran número de ejemplos de memorias prodigiosas.

El italiano Scaliger aprendió en veinte días la *Ilíada*, que contiene 15.210 versos, y la *Odisea*, que cuenta también un número considerable de ellos; Lipse, profesor de la universidad de Leyda, se comprometía á recitar toda la historia de Tácito delante de una persona armada de un puñal, y con permiso para herirle á la primera falta que cometiese; Luis XIII podía, un año después de haber visto una comarca, dibujar de memoria el plano de la misma con sus menores detalles; el actor Lassaussiclere leía durante una hora todos los carteles anunciadores que se le presentaban y luego los repetía textualmente; lo que, dicho sea de paso, debía ser enormemente fastidioso. Cuéntase también que en Postdam le fué presentado

á Federico un inglés dotado de una memoria extraordinaria, y habiendo aquel mismo día Voltaire llevado al rey una composición en verso, el monarca hizo ocultar al inglés y ordenó al poeta que leyese su obra. Terminada la lectura, Federico exclamó: «Pero estos versos no son vuestros, puesto que ya me los han recitado esta mañana,» y haciendo salir al inglés, éste con gran sorpresa de Voltaire, los recitó sin equivocarse una sola vez.

En los hechos legendarios de la antigüedad es en donde se encuentran principalmente ejemplos de memorias asombrosas.

Recordemos, en prueba de ello, los de Adriano, sucesor de Trajano, Mitrídates, Temístocles, Escipión, Ciro y de tantos otros á quienes se ha atribuído el don de retener en su memoria los nombres de todos sus soldados; recordemos también que del orador Hortensio se ha dicho que habiendo asistido á una venta pública, que duró todo un día, recordó luego todos los objetos vendidos por el orden con que lo habían sido, y los nombres de todos los compradores, y que el embajador Cineas, recibido en el Senado, saludó al día siguiente por sus nombres á todos los senadores á quienes sólo una vez había visto.

Todos estos ejemplos se explican fácilmente, sobre todo por lo que á la antigüedad se refiere: en efecto, antes de que la escritura se vulgarizara, el desarrollo de la memoria era indispensable. En nuestros días se cultiva menos esta facultad, á lo menos por lo que

oca á las necesidades ordinarias, porque gracias á las apuntaciones puede prescindirse casi de ella. Sin embargo, hay una memoria que todo el mundo tiene y que muchas personas ignoran, y es la memoria de los ojos, la memoria de las cosas vistas, la del artista, la del dibujante: esta facultad les permite, por ejemplo, reproducir un adorno que sólo una vez hayan visto. Y esta memoria todos la tenemos, más ó menos desarrollada, pues todos vemos y todos clasificamos más ó menos en nuestro cerebro las cosas vistas y lo hacemos sin darnos de ello cuenta.

Pues bien: esta memoria de los ojos constituye un excelente medio mnemotécnico.

He aquí de ello algunos ejemplos.

Muchos soldados, para recordar algún artículo de las Ordenanzas procuran figurarse la página y luego el lugar que en ésta ocupa el artículo de que quieren hacer memoria.

Algunos prestidigitadores emplean el mismo medio para indicar en un libro la página y la línea en donde está escrita la cita que se les hace. Otros se hacen indicar cuarenta nombres comunes cualesquiera seguidos, que ellos repiten luego por el mismo orden en que se han pronunciado, ó al revés ó al azar, dando á cada uno el número de orden con que ha sido enunciado.

Un autor del siglo XVI llamado Muret cuenta que vió un día un corso á quien dictó dos mil palabras latinas, griegas y bárbaras que ninguna conexión guardaban entre sí, y que el corso se las repitió por el mismo orden con que las había oído. Esto nos parece un tanto dudoso, porque este mismo ejercicio practicado con solas cuarenta palabras exige ya una memoria muy bien adiestrada.

Sin embargo, gracias á la memoria de los ojos puede llegarse bastante de prisa á este mismo resultado, no para cuarenta, pero sí para una veintena de nombres, porque la dificultad aumenta proporcionalmente al número de palabras que á esa cifra se añaden.



JOSÉ VALERO, EMINENTE ACTOR ESPAÑOL
fallecido el 12 del actual (de fotografía de D. J. Martí)

Veamos cómo debe procederse.

Supongamos que el primer nombre enunciado sea *ratón:* no tratéis de recordar la palabra, sino procurad que vuestra memoria sea una placa fotográfica impresionable, haced, en una palabra, el clisé del objeto, contemplad delante de vuestros ojos el animal mismo y colgadle mentalmente del cuello un cartelón con un número 1. Tomemos un segundo nombre, por ejemplo, *sombrero:* representaos un objeto de éstos con el número 2, fijado en la copa. Supongamos que el número 3 sea *silla:* imaginaos una con el número correspondiente clavado en ella, como si fuese el precio marcado por el vendedor, etc, etc. De este modo recordaréis con facilidad la sucesión de los objetos y su número de orden y podréis nombrarlos de todas las maneras que se quiera. Repetid después este mismo ejercicio extendiéndolo á diez objetos, al día siguiente hasta doce y así sucesivamente aumentando poco á poco.

Después de algunos ensayos, el que los haga quedará sorprendido de la facilidad con que llegará á retener en su memoria veinte nombres ó más perfectamente clasificados en su mente y con su número de orden; de tal modo, que al indicarle el número, el nombre del objeto se le ocurrirá inmediatamente y viceversa.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al publicarlas, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las misma.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN